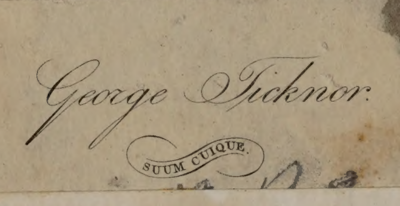
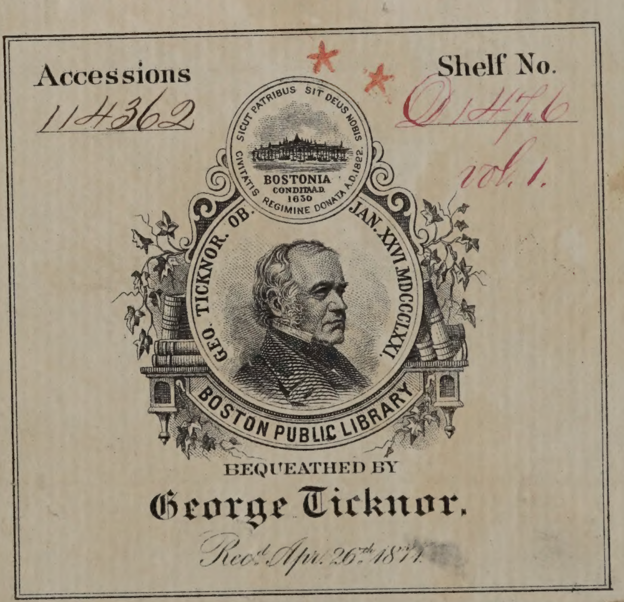
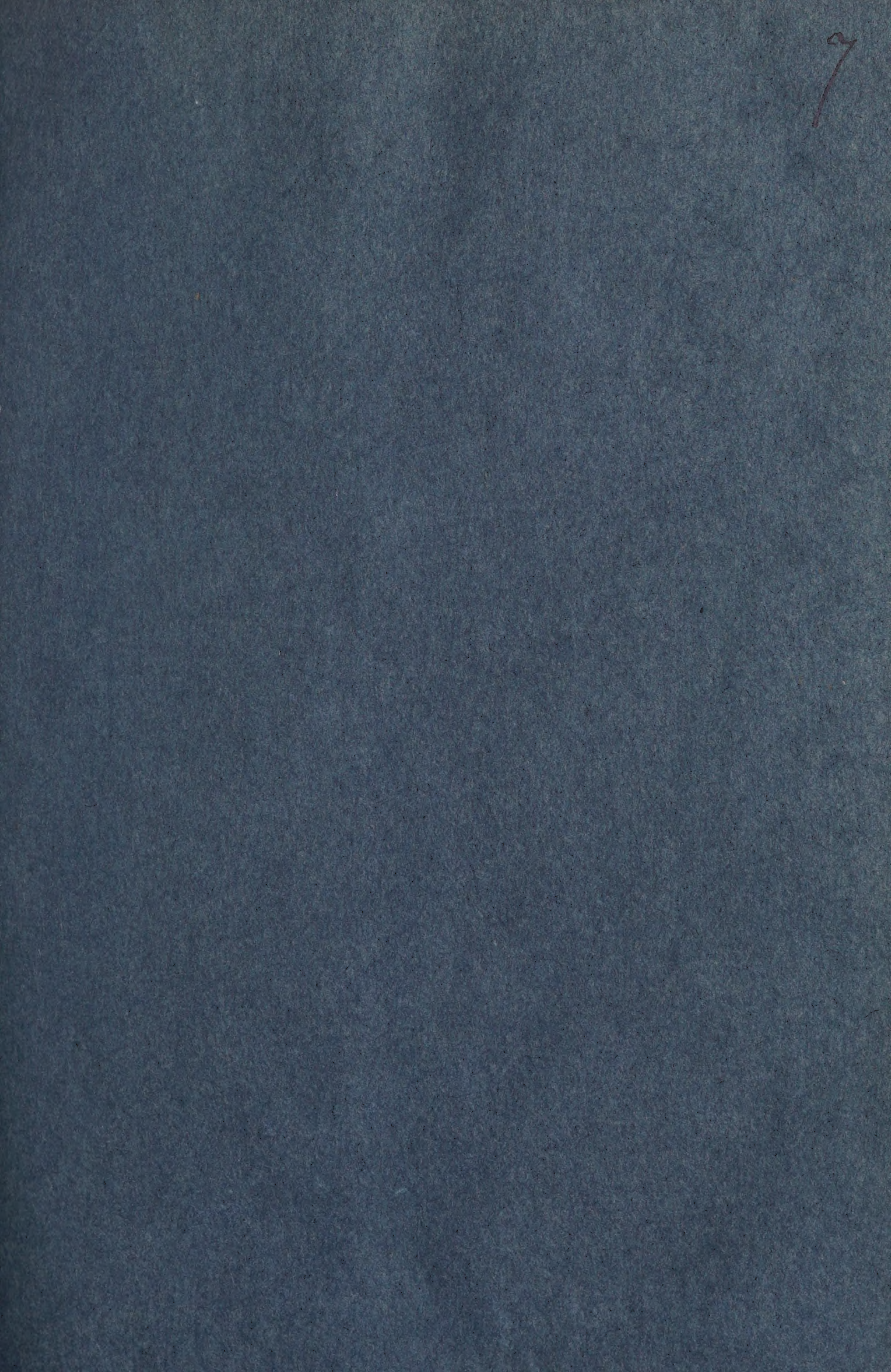



George Ticknor.
SUUM CUIQUE.


Accessions
114362
Shelf No.
D.147.6
vol. 1.
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd Apr. 26th 1871.



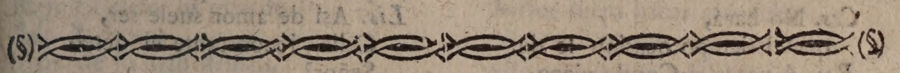
SERVIR A BUENOS.

COMEDIA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

El Rey de Francia.	Cárlos, *niño.*	Silvio, *villano.*
Cesar.	Lisarda.	Laura, *villana.*
El Conde Arnaldo.	Celia, *criada.*	Dionís.
Cárlos.	Fenix.	



ACTO PRIMERO.

Salen el Rey Ludovico y Cesar.

Rey. Por eso del alma sale,
Cesar, á la lengua amor.
Ces. No hay pena, invicto señor,
que con la de amor se iguale.
Rey. Ni consuelo en su tristeza,
como un amigo fiel
para amor.
Ces. Hablando en él
descansará vuestra Alteza.
Rey. Quanto os dixere, guardadlo
con llave en el corazon,
es de mi mal la ocasion,
su hija del Conde Arnaldo.
Ces. Hermosa dama.
Rey. Yo pienso,
que estudió naturaleza
la estampa de su belleza,
no por instrumento inmenso
de aquel poder soberano;
mas hablando á nuestro modo,
porque parece que en todo
puso cuidado su mano.
Ces. Vuestra Alteza se rindió
justamente á la mas bella
dama de París.
Rey. Si en ella
el alma deposita
mis potencias y sentidos,
justos fuéron sus despojos,
pues el gusto de mis ojos
aprobaron mis oidos.
Para amar y no sentir,
hermosura puede haber,
mas como es engaño el ver,
es desengaño el oir.
Esto, Cesar, asegura
mi eleccion y pensamiento,
pues quiso su entendimiento,
competir con su hermosura.
Y son los dos tan iguales,
que en la perfeccion que viéron,
su nombre á Fenix pusiéron
los pinceles celestiales.
Mi pena es ver que su estado
no sé si dará lugar
á que pudiese intentar
lo que tengo imaginado.

Pienso que Fenix, que tiene
este nombre con razon,
conoce ya mi pasion,
tanto á declararse viene.
Y os juro que solicito
mi resistencia de forma,
que lo que la vista informa,
aun apénas le permito.
Pero en llegando á mirar,
es amor tan bachiller,
que lo que piensa esconder,
eso viene á declarar.
No sé si haberme entendido,
á Fenix causa le ha dado
para haberse retirado,
por dicha mi engaño ha sido,
á una aldea donde tiene
hacienda el Conde.
Ces. No hará,
que el tiempo ocasion le da.
Rey. A veces el Conde viene
á París, y le pregunto
como se halla, y muy gustoso
alaba un monte famoso,
y á su verde falda junto
un rio, donde se mira
vanaglorioso de sí,
y que se entretiene allí,
pesca en uno, en otro tira.
Y aun me convida tambien
á pasar allí algun dia,
lo que hoy aceptar querria,
que si mis ojos no ven
á Fenix, no hay que pensar,
que tenga el alma sosiego.
Ces. Pues, señor, partamos luego
con la ocasion de cazar,
donde sin ser entendido
la puedas hablar y ver.
Rey. Sí, pero cómo ha de ser?
porque pienso que ha tenido
Lisarda, á quien yo servia,
zelos de Fenix.
Ces. Lisarda
olvidada te acobarda?
Rey. Amor, Cesar, la tenia,
que Lisarda le merece,
ví á Fenix, mudóse amor
de donde tuvo favor,
á donde sin él padece.

Salen Lisarda dama, y Celia criada.

Lis. No me dexan sosegar,
Celia, los zelos.
Cel. Advierte,
que está aquí el Rey.
Rey. De qué suerte
puede venirse á causar,
que en nombrando una persona,
se ofrezca á la vista luego.
Lis. Ménos satisfecha llego
despues que el Rey se apasiona
tanto hablando en Fenix.
Cel. Creo,
que la debe de querer.
Lis. Así de amor suele ser,
Celia, inconstante el deseo.
Señor?
Rey. Hablaros queria,
Condesa, y pienso que ha sido
mi amor el que os ha traido.
Lis. No fué sino dicha mia,
el venir en ocasion
que vuestra Alteza me mande
en que le sirva.
Rey. Es tan grande
para mí la obligacion
en que me pone, Lisarda,
vuestro favor, que aun por breve
ausencia amor no se atreve,
y vuestra licencia aguarda.
Voy á cazar á una aldea,
que Arnaldo me ha convidado
á un monte, á un ameno prado,
que un rio humilde pasea
con pies de cristal, á quien
guarnece de varias flores,
cuyas distintas colores
en sus espejos se ven.
Yo por llevar mis tristezas,
adonde huyendo de mí,
me olvide de que nací;
sujeto á sus asperezas,
voy á no ser lo que soy
algun dia, en que descanse.

Lis. Que vuestra Alteza se canse,
culpa á los cuidados doy.
Que el peso de su pesar,
aunque estriva en su grandeza
puede obligarle á tristeza.
Rey. Voy en fin, á descansar,
con divertirme Lisarda,
léjos desta confusion.
Lis. Haceis muy justa eleccion,
gran señor, si el Conde aguarda,
que es caballero entendido,
y ese rio, monte y prado,
para que ageno cuidado
ponga su vista en olvido.
Porque el cetro, aunque es gigante
el hombro de un Rey frances,
el mundo de Hércules es,
que ha menester un Atlante.
Rey. El cielo os guarde.
Lis. Y á vos
os dé lo que deseais,
si está adonde ahora vais.
Ces. Zelosa queda por Dios.
Rey. No importa que ya le den
de mi mudanza rezelos,
porque nadie estima zelos,
adonde no quiere bien. *vanse.*
Lis. Declaróse mi desdicha,
pero á sufrirla me ayuda
ver que quien ya tiene tantas,
no puede tener ninguna.
Zelos son unas sospechas,
que con temerosas dudas,
muestran del mal que se teme
algunas luces confusas.
Pero en llegando á mostrar
la verdad en que se fundan,
mudan el nombre en agravios,
desengañan, y no turban.
Aun no han llegado los mios
á transformarse en injurias,
conservan nombre de zelos,
que los desengaños buscan.
Estos solicita el alma
miéntras no vive segura
del amor del Rey, si bien
lo que me importa me culpa.
Porque amor es locura,
que mas se aumenta miéntras mas
se cura.
Iré disfrazada á ver,
si de Fenix la hermosura
lleva al Rey donde me mate,
porque no le valga excusa.
Quiero que mis propios ojos
con mi pensamiento cumplan,
que amor quando está perdido
quanto no mira disculpa.
Quedaré desengañada,
y no en dudosa fortuna,
que miéntras no hay desengaño,
anda la razon á obscuras.
Si bien es remedio á veces,
que aunque el amor le procura,
es luz de noche que léjos
ciega mucho, y poco alumbra.
Mejor fuera hacer ausencia,
que no hay rigor que no sufra
esta; mata amor sin ver,
ver y los desengaños nunca.
Porque amor es locura,
que mas se aumenta, miéntras mas
se cura.

Vase, y salen Fenix y Cárlos.

Carl. Gran ocasion ofrece,
hermosa Fenix mia,
la retirada vida de la aldea,
á quien gozar merece
tu dulce compañía,
ni teme, ni pretende ni desea
cosa que ver no sea,
esos ojos hermosos
libres de los cuidados,
que pueden dar mirados
de tiranos amantes poderosos,
porque las voluntades
tiénen ménos defensa en las ciu-
dades.
Yo merecí, señora,
por años de quererte,
tus brazos con palabra y fe segura,
que vuelvo á darte agora
mas firme hasta la muerte,
que el largo tiempo que en sí mis-
mo dura;

rindióse tu hermosura
al nombre de marido,
no méritos, efeto
de un amor tan secreto,
que quando le imagino divertido,
yo mismo estoy duduso
si siendo tu criado, soy tu esposo.
Verdad es que me ha dado
calidad diferente,
que á mi buena fortuna lo atribuyo
el haberme criado
tan amorosamente
el Conde mi señor, y padre tuyo,
de que tambien arguyo,
haberle sido ingrato
con estas deslealtades;
pero qué voluntades
seguras estarán de un largo trato?
qué ocasion y hermosura
obligan á traicion la fe mas pura?

Fen. Yo, Cárlos, á culparte
cómo puedo atreverme,
si en el mismo delito fuí culpada?
Verte, hablarte, tratarte,
bastantes á vencerme,
si fuera nieve yo, si piedra helada,
y el ser tambien amada,
me sirvan de disculpa
de tu valor, pues creo,
que no hubiera deseo
que se librára de la misma culpa,
que tus merecimientos
la diéron á mis nobles pensamientos.
Supuesto que el secreto
ha sido tan dichoso,
ya no temo la vida ni la muerte,
el Conde tiene un nieto,
un niño tan hermoso,
que del remedio de los dos me ad-
vierte,
y él te quiere, de suerte
por haberte criado,
que pienso que me abone,
y que mi error perdone,
mas quando ni tu amor le dé cui-
dado,
ni el mio le resista,
del niño bastará la dulce vista.
La vida de esta aldea
solo ha sido mi vida:
ay si nunca á París volviese el
Conde!
que á quien solo desea
gozarte, y atrevida
por estas selvas bárbaras se esconde,
no hay, Cárlos mio, adonde
pueda con mas secreto
que quien de veras ama,
la ocupacion desama
donde á la envidia puede estar su-
jeto,
que amor, si el bien alcanza,
busca la posesion, no la esperanza.

Sale Silvio, villano.

Sil. Pienso que os habeis de holgar
de aquestas nuevas los dos,
no ménos que el Rey, por Dios,
dicen que viene al lugar.
Iba á preguntar á qué
y mil perros de trahilla,
como voces de capilla,
agarrándome del pie,
respondiéron, que á cazar,
como algunos que murmuran,
que miéntras morder procuran
no se cansan de ladrar.
Hoy nuestro monte desuella.

Carl. Luego adelante no pasa?

Sil. No pasa de vuestra casa,
pues ha de posar en ella.

Fen. Aquí el Rey?

Sil. Como lo cuento,
sino lo quereis creer,
el Conde viene á poner
diligencia en su aposento.

Sale el Conde Arnaldo.

Cond. Buen huesped nos ha venido,
ya no hay mas que desear,

Carl. Silvio acaba de contar
la ventura que has tenido,
aunque tú la perdonáras.

Cond. No hará noche el Rey aquí.

Sale Laura, villana.

Laur. El Rey viene?

Sil. Laura, sí.
Cond. Pues, Fenix, en qué reparas?
Fen. Voy señor á prevenir
lo que fuere menester.
Carl. Y yo qué tengo de hacer?
Cond. Cárlos irle á recibir.
Vanse, y queden los villanos.
Laur. A la fé, Silvio, gran cosa:
tú piensas hablarle?
Sil. Pues?
no tengo boca?
Laur. Nó ves
que es cosa muy feultosa,
que diz que quantos le ven
se turban luego, y él no?
Sil. Mirarele á los pies yo,
con que pienso hablarle bien.
Que mirar á un Rey los ojos
es ver al sol que deslumbra,
si no es á quien lo acostumbra,
porque aunque es luz causa enojos.
Díxome antiyer Benito,
que vino de la Ciudad,
que es soberbia, y necedad
mirarlos de en hito en hito.
Porque como son retrato
de Dios, quien va á negociar,
los Reyes ha de mirar
con humildad y recato.
Laur. Tienes tú qué hablar con él?
Sil. Yo no, mas si se ofreciese
voto al sol que me atreviese
sin poner la vista en él.
Laur. A la fé que has topetado
con él, si hablarle deseas.
Sil. No hayas miedo que me veas
atrevido ni turbado,
poco á grandezas me inclina
la humildad de mueso trato;
hoy como ha de haber gran prato,
no salgo de la cocina. *vanse.*

Salen el Rey, Cesar, el Conde y Cárlos.

Rey. Muy buena casa teneis,
y toda aquesta campaña,
que riega este manso rio,
me ha parecido estremada.
Como á la naturaleza
nunca el artificio iguala,
mas que los jardines cultos
estas malezas agradan.
Hoy os he dado disculpa
de hacer en la Corte falta:
ha mucho que estais aquí?
teneis aquí vuestra casa?
Cond. Habrá un mes, ó poco ménos,
que á Fenix por alegrarla
truxe, señor, de Paris:
aquí vive y aquí pasa
en exercicios del campo
las tardes y las mañanas.
Cárlos?
Cár. Señor?
Cond. Llama á Fenix.
Rey. Cesar, ya se alegra el alma, *ap.*
ya se previenen los ojos
como quando sale el alva
abriendo la puerta al dia
en celages de oro y nacar:
las aves que del ausencia
del sol quejosas estaban,
que gorgeando en los nidos,
lo que han de cantar ensayan:
y como los arroyuelos
qüaxado cristal desatan,
y al nuevo calor del dia
discurren líquida plata;
así la lengua suspensa,
noche de ausencia tan larga,
al salir el sol de Fenix
el silencio desenlaza.
Sale Fenix.
Fen. Deme los pies vuestra Alteza.
Rey. Hermosa Fenix, qué clara *ap.*
se me ve el alma en los ojos!
temo que á la lengua salga.
Cómo os hallais en el campo?
es posible que os agrada
esta soledad?
Fen. Señor,
aunque parece que es tanta,
no falta en que se entretengan
como allá las esperanzas,
aquí todos los sentidos,
los ojos en flores varias,
cuyos aromas no envidian

á las orientales plantas.
Los oidos en las aves,
y el gusto en alegre caza,
de que hay tantas diferencias
por estas verdes montañas.
Son aquí los dias mayores
que en París, con que es mas larga
la vida, corta en la Corte.

Rey. Para poco tiempo alaban
los sábios el campo, Fenix;
pero ya vuestra alabanza
me obliga á quererle ver:
quédese aquí comenzada
esta qüestion, que despues
que vuelva quiero acabarla.
Dios os guarde, y dé la dicha
que mereceis.

Fen. Vuestras armas
respete el sol donde nace,
y como señor de Francia
lo seais del Polo opuesto.

Rey. Ay Cesar, de sola Arabia,
donde ha nacido tal Fenix!

Ces. Tú quieres con justa causa
la que por única puede
ser el Fenix de su patria.

Todos se van con el Rey.

Laur. A la fé, señora mia,
que tu condicion me espanta:
toda esta grandeza dexas
por un monte y quatro casas?
Dichosa quien vivir puede
en las Cortes.

Fen. Mira, Laura,
pues sola tú de mi vida
fuiste y eres Secretaria.
Tú que sabes mis desdichas,
si permite amor llamarlas
con este nombre, en agravio
de Cárlos, que fué la causa.
Tú que del Angel que fué
de mis amorosas ansias
fruto y consuelo, has tenido
el secreto y la crianza.
No creas que hay para mí
Cortes, fiestas, joyas, galas
fuera de Cárlos, que Cárlos
es centro donde descansa
el alma como en su esfera
el fuego, el ave en las alas
del viento; sin esto aquí
tengo el lugar que me falta
en París de hablarle y verle,
y sin la pension que paga
amor á los zelos, donde
hay tanta copia de damas.

Laur. No te espante, Fenix bella,
que una grosera villana
se dexe llevar los ojos
de un Rey donde el cielo estampa
la imágen de su hermosura,
que para disculpa basta.
Ya sé yo que tus dos Cárlos
padre y hijo se adelantan
á quanto puede el deseo
de las grandezas humanas.

Sale Silvio.

Sil. Está aquí Fenix?

Fen. Qué hay, Silvio?
cómo te has quedado en casa,
y no fuiste á ver el Rey?

Sil. Pardiez, Fenix, como entraba
tanto aparato de cosas
de mas gusto que la caza,
hize caza la cocina,
donde sus ministros andan
con instrumentos diversos
previniendo cosas varias
para la mesa del Rey,
unos calentando el agua,
y otros en el patio haciendo
oficio de cortesanas.

Fen. Cómo?

Sil. Pelan.

Fen. Tú lo sabes?

Sil. Oigo decir que á la traza
que estos pollos y gallinas,
ellas con dulces palabras
las bolsas y las cabezas;
pero advierte que una dama
que llegó en una carroza
con las cortinas cerradas,
bravo sombrero de plumas,
donde una toca de plata
sirve tambien de cortina,
por quien una mano blanca

para preguntar por tí
fué sumiller de la cara,
quiere verte con secreto.
Fen. Algo me dexas turbada:
dile que entre
Sil. Entrad, señora.
Fen. Linda presencia.
Laur. Gallarda.

Sale Lisarda con un sombrero, y ferreruelo, y un velo.

Lis. Juzgareis á atrevimiento
el haber venido ansi.
Fen. Si os descubris, será en mi
merced y agradecimiento.
Lis. Pienso que estos labradores
será gente sin sospecha.
Fen. Podeis estar satisfecha,
y aun para cosas mayores.
Lis. Mi rostro es este.
Fen. Podré
decir que al aurora ví,
pues ella amanece ansi.
Lis. Por lágrimas lo seré.
Fen. No sino por los jazmines,
y las rosas de la cara,
donde el sol á ver se para
tan celestiales jardines.
Lis. A vos os viniera bien,
Fenix, si la nieve pura
viera de vuestra hermosura,
Fen. Quién sois?
Lis. Presto sabreis quien,
que como os habeis criado
en tanto recogimiento,
no me habreis visto, mi intento
os debe de dar cuidado.
Soy la Condesa Lisarda.
Fen. Señora, pues vos ansi?
Lis. Traigo una tristeza en mí,
que acabar mi vida aguarda.
Despacio quiero contaros
la causa en mas soledad,
que como es de voluntad
no sale á cielos tan claros.
Tuve un alto pensamiento,
que no me ha salido bien,
yo os diré despues por quien.
Fen. No sé si es atrevimiento,
pero viendo al Rey aquí,
y vuestro disfraz, Condesa,
será dueño de esta empresa:
es esto ansi?
Lis. Fenix, sí.
Huéspeda vuestra he de ser
esta noche.
Fen. Respondiera,
que á tal sol es corta esfera
casa que quereis hacer
Indias aunque Occidentales,
pues aquí de noche estais;
pero quando amanezcais,
las volvereis Orientales.
Lis. Fenix, donde vos salís
al sol no le aconsejara.
Fen. No mas que es lisonja clara,
pero venís de París.
Lis. Daisme palabra en efeto
de guardar secreto?
Fen. Aquí
me suelo guardar de mí;
lo mismo á vos os prometo.
Aposento voy á hacer
donde esteis, y donde hablemos.
Lis. El vuestro las dos tendremos:
hacedme, Fenix, placer,
que merezca vuestra cama.
Fen. Esa os daré, mas sin mí,
que en estando el Conde aquí
á su aposento me llama.
Entrad, no deis ocasion
á que os vean.
Lis. En vos fio,
Fenix, el remedio mio.
Entrase Lisarda con Silvio.
Laur. Qué es esto?
Fen. Zelitos son,
que á nadie guardáron ley.
Laur. Conocesla?
Fen. Como á mí,
no la conocer fingí.
Laur. De quién los tiene?
Fen. Del Rey
que me ha mirado en París,
solicitado y hablado;
y Cesar me dió un recado

de su parte en San Dionis.
Causa de haberle pedido
al Conde que me truxese
á esta aldea, porque fuese
causa de mas breve olvido.
Que tengo por cosa llana,
si no es que olvidada estoy,
que señores quieren hoy,
y no se acuerdan mañana.
Mayormente el que es supremo.
Laur. Pues, qué pensó esta señora?
Fen. Reynar.
Laur. Tanto el Rey la adora?
pero lo que fuere sea;
yo la debo regalar.
Laur. La Corte se ha de mudar
poco á poco á nuestra aldea.
Rey y Reyna están aquí,
si esta sale con la empresa.
Fen. Ni la envidio ni me pesa;
Cárlos es Rey para mí.
Vanse, y dicen dentro.
Cond. Extraño caso.
Ces. Y lamentable fuera
á no haberle este hidalgo socorrido.

Sale el Rey descompuesto, Cárlos con un venablo, y el Conde y Cesar.

Cond. Herido va el caballo.
Ces. La carrera
como las aves por el ayre ha sido.
Carl. Siente algo vuestra Alteza?
Rey. Qué sintiera
la escura noche del eterno olvido,
es sin duda, mancebo generoso,
á no ser por tu brazo valeroso.
Gracias á Dios no tengo mal ninguno.
Carl. Pues yo voy á avisar á vuestra gente,
porque no parta con la nueva alguno,
que necio alborotar la Corte intente. *vase.*
Rey. No ha llegado favor tan oportuno
en tanta confusion como el presente,
si no es por él, el Javalí me mata.
Ces. Bravo valor.
Rey. Un Hércules retrata.
Quién es este mancebo, Conde?
Cond. Un hombre,
que tengo como á hijo, y le he criado
desde niño, señor.
Rey. Cómo es su nombre?
Cond. Cárlos como mi hermano se ha llamado.
Rey. Pues qué es la causa de que así se nombre?
Cond. No hay causa mas de habérmele dexado
quando Ricardo Ingles puso la planta
en la conquista de la tierra santa.
Rey. No volvió mas?
Cond. Es fama que cautivo
quedó en Damasco, y otros dicen muerto.
Rey. Qué gallardo mancebo!
Ces. Por lo altivo
parece que valor tiene encubierto.
Rey. No ha de quedar el bien que de él recibo
sin premio, Conde.
Cond. Pues tened por cierto,
que es digno de qualquiera merced vuestra.
Rey. Dícelo el rostro, y el valor muestra.
Vanse, y salen Cárlos y Fenix.
Fen. Qué dices, Cárlos, que tan alta suerte
te ha sucedido?
Carl. Fenix de mis ojos,
sino es por este brazo, ya la muerte
pusiera su corona en sus despojos.
Fen. Pues cómo sucedió?
Carl. Mi bien advierte,
si el no te hablar en mí te causa enojos,
quando el tiempo me da lugar de hablarte.
Fen. No basta que hables tú sin escucharte?
Carl. Adelantóse el fuerte Ludov-

generoso mancebo, Rey de Francia,
que su valor al de Hércules aplico,
no fuéron nuestros ruegos de importancia:
si bien le sigue el Conde Federico,
y tu padre tambien corta distancia,
tras una fiera, que por dicha hiciera
á Francia Venus, si él Adonis fuera.
Síguela por un prado, en quien apenas
alazán español dobló las flores,
ni cortando cristales las arenas
se pudieron quejar de sus rigores:
pero al entrar por unas selvas llenas
de murtas y laureles vencedores,
sintió el venablo el javalí, y ayrado
volvió feroz, del hierro provocado.
Las medias lunas de la boca envuelve
espuma y sangre, y con la ardiente punta
del diestro lado, rígido revuelve,
y por el mismo al alazán se junta.
A herirle el Rey con el venablo vuelve,
aunque animoso, la color difunta,
pero la fiera el encendido hueso
aplica ansí, que le levanta en peso.
Asomóse á lo roto de la herida
parte de los ocultos intestinos,
y derribando al Rey, con presta huida
pasó de los laureles á los pinos.
Yo viendo en tal peligro de la vida
al Rey, invoco Fenix los divinos
patrones de París, y diligente
me opongo Marte al animal ardiente.
Al bote del venablo vuelve ayrado,
dexando al Rey, y fiero me acomete;
yo con izquierdo pie le espero osado,
rabioso la victoria se promete,
quando por el acero ensangrentado,
hasta el rebelde corazon se mete,
y vertiendo el espíritu espumoso,
la tierra estampa con gruñir quejoso.
Un cuchillo de monte que pendia
de la pretina, sacó velozmente
de una vayna de tigre, que tenia
acero y marca de oficial valiente:
y al tiempo que los filos discurria
por el cerdoso cuello, de su gente
llegó gran copia, que adexé envidiosa
del valor que me das, Fenix hermosa.

Fen. Ventura notable ha sido,
y digna de tu valor:
yo me voy, que este rumor
es de que el Rey ha venido.
Ya anochece, si pudiere
esta noche te hablaré.

Carl. Paga mi cuidado.

Fen. En qué?

Carl. En que poco tiempo espere.

Fen. En estando recogidos,
que presto será, mi bien. *vase.*

Carl. Plegue á los cielos que esten
como cansados dormidos.
Esparcen la suave voz al viento
sonoros ruiseñores junto al nido
que de pajas y plumas han texido,
sirviéndoles los picos de instrumento.
Quando á la mira el cazador atento
dispara con horrísono ruido,
en círculo de plomo dividido,
muerte veloz con breve sentimiento.
Así Fenix y yo con voz suave,
cantamos libres de que el nido acierte
quien tiene obligacion á honor tan grave.
Pero temiendo de la misma suerte
que si el secreto nido el Conde sabe,
tendrá tan dulce vida, amarga muerte.

Sale Silvio.

Sil. Esta si que es linda vida,
pesia al campo y su labranza,

pasear, é hinchir la panza,
de ricas telas vestida.
Desdichado de quien nace
donde le mandan nacer,
á nadie dan á escoger,
Dios es quien hace y deshace.
Si yo escogiera, naciera
de un Príncipe, y no villano,
pero yo me quejo en vano,
que si quien nace escogiera,
quál hombre quisiera ser
oficial ni labrador,
quién no se fuera señor?
mas lo qué fuera de ver
todo un mundo de señores,
señor á señor sirviera;
pero cómo se comiera
si no hubiera labradores?
O sabia naturaleza,
qué bien lo trazaste ansí!
Carl. Qué hay, Silvio?
Sil. Hablar en que ví,
Cárlos, la mayor grandeza,
que este monte imaginó,
el Rey cenando en efeto.
Carl. Tú lo viste?
Sil. Con secreto.
Carl. En efecto el Rey cenó?
Sil. Y tan en efecto fué,
que se cenó veinte pratos,
sin dar un hueso á seis gatos,
que le miraban en pie.
De las pollas y perdices
así el olor me provoca,
que lo que el Rey por la boca,
cené yo por las narices.
Habláron luego de vos,
no se que diabros hicistes,
que tal ocasion les distes.
Carl. Lo que hice, debo á Dios,
porque yo, cómo pudiera
tener valor ni ocasion?
Sil. Mostró el Rey tanta inficion,
que yo presumí qué os diera
alguna renta ó Castillo,
quánto va que ántes de un mes
sois Monsiur?
Carl. Puse á sus pies
con un venablo y cuchillo
la mas indómita fiera,
que por todo este horizonte
fué parto de selva ó monte.
Sil. Tal servicio, premio espera.
Si os dan algo, como creo,
no me llevareis allá,
que con lo que he visto acá,
ya tengo un alto deseo?
Carl. Díxome, Fenix, á mí,
que estabas enamorado
de Laura. *Sil.* No se ha engañado.
Carl. Pues cómo saldrás de aquí?
Sil. Laura, señor, fué casada,
su marido le dexó
un niño quando murió,
de niños no entiendo nada.
Tales son mis desaliños
para casados conciertos,
porque dicen que hay enxertos
como de árboles, de niños.
Este muchacho que cria,
es de otra cepa sarmiento,
y no quiero casamiento
como quinola con guia.
Carl. Qué malicioso te has hecho!
no sabes que es de su esposo
ya muerto, ese niño hermoso,
á quien Laura daba el pecho,
y que por tal le ha criado?
Sil. Pues si le cria por tal,
quédese tal para qual,
que aunque estoy enamorado,
no lo quiero yo criar
á cuenta de mi deseo.
Carl. Cansado está el Rey, yo creo,
que ya se querrá acostar,
y el Conde, Silvio, tambien.
Vase Cárlos.
Sil. Señor amor, yo os confieso,
que de saber pierdo el seso,
que Laura me quiere bien.
Si es niño amor, no quiero qué me
nombre
entre los muchos que le estan sujetos,
que aunque villano, entiendo sus
concetos,

y más si son concetos de este
nombre.
Despues de no ser justo que me asombre,
que imiten á la causa los efetos,
que hay niños, qual retratos imperfetos,
que solo ser parecen en ser de hombre.
Amor, como eres niño, siempre quieres,
teniendo con el tiempo iguales dias,
mostrar en tus acciones que lo eres.
Que como en niños paran tus porfias,
con justa causa llaman las mugeres,
las ofensas del hombre niñerias.

Sale Laura.

Laur. Eres tú, Silvio?

Sil. Pues quién
á tal hora trasnochado
puede andar con mi cuidado,
sino quien te quiere bien?
Agora trataba aquí
de tu virtud, y le daba,
gracias á amor, que mostraba
tales efectos en mí.
Zeloso estoy de esta gente,
claro está que han de agradarte.

Laur. No, Silvio, que en toda parte
mis ojos te ven presente.
En sus telas hallo yo
mas lozido tu sayal,
sino que me pagas mal.

Sil. Yo, Laura mia?

Laur. Pués no?
si ha tanto que me entretienes,
sin querer matrimoñarte?

Sil. Cierta cosa ha sido parte,
que tienes, y que no tienes,
pues tienes ese garzon,
que no tienes para mí.

Laur. Quien dice que quiere así,
repara en esta ocasion?

Sil. Por reparar en quien pare.

Laur. Tú no me tienes cariño.

Sil. Si no reparo en un niño,
en qué quieres que repare?
Dichosas sois las mugeres,
que claramente sabeis,
que sois madres, si teneis
hijos.

Laur. El dimuño eres.
Vete á acostar, Silvio, vete,
que mi señora me manda,
por el respeto del Rey,
recoger toda la casa.

Sil. Yo, Laura, soy malicioso,
desde que vino esta dama
con tal secreto al aldea,
pienso que no fué sin causa.

Lau. Pues quién te mete en secretos?
lástima tengo á quien anda
desvelado por saber
lo que no le importa nada.
Hay vecino que se está
de la noche á la mañana
en una ventana al frio,
pudiendo estarse en la cama.
Nó seas, Silvio, de aquellos
que en estas cosas se cansan;
no mires en las agenas,
pudiendo mirar tus faltas.
Esa dama que tú dices,
ha un hora que está acostada,
y, Silvio, nunca te metas
á estorbar personas altas.
Que quando estés mas seguro,
podrá ser sino te guardas,
que te den un beneficio.

Sil. Hablas cuerda, y temes sabia.
Quién me mete á mí en las cosas
de los otros? hasta el alva
no digo esta boca es mia,
que á nadie vino desgracia
por acostarse temprano.

Laur. Pues, á Dios, Silvio.

Sil. A Dios Laura. *vase.*

Laur. Basta que el Rey vino aquí
por Fenix, y hablarla trata
esta noche, porque Cesar
la advierte, y da la palabra
del estilo que merece
su calidad y su fama.
Fenix discreta me ha dicho,
que aunque tiene confianza

de quien es, teme que Cárlos
se enoje, y con esta causa
intente algun desatino,
y que quando el Rey se valga
de la escuridad, á efeto
de entrar con secreto á hablarla,
yo le guie al aposento
donde la Condesa aguarda,
averiguando sus zelos,
desengañar su esperanza.
Pero él viene.

Salen el Rey y Cesar de noche.

Rey. Yo le he dado
la palabra de guardarla
el decoro que es razon.
Ces. Quándo amor palabra guarda?
Rey. Aquí es fuerza, porque á Fenix
yo no tengo de obligarla
mas que al estado que tiene.
Ces. Quién vá?
Laur. Quedo.
Rey. Quién es?
Laur. Laura.
Rey. Donde está Fenix?
Laur. Presumo,
que con el Conde.

Sale Cárlos.

Carl. Si tarda
Fenix, baxará el aurora
del cielo las altas gradas
con pies de rosa, envidiando
aquellas breves estampas,
á donde pongo los ojos:
aquí hay gente: pues quién anda
á tales horas aquí?
Laur. Entrad, que tras esta sala
está la quadra en que duerme.
Rey. Cesar, allá fuera aguárda.
Ces. En el corredor espero. *vase.*
Carl. No pienso que si soñara
pudiera ver tales cosas.
El Rey con Cesar y Laura?
y Laura guiando al Rey
con tal despejo á la quadra
donde Fenix duerme, y Fenix
del concierto descuidada?
Qué haré? mas qué puedo hacer
que contra el poder me valga
de un Rey? ah traydora Fenix!
quiero alborotar la casa,
mas para qué, que en sabiendo
que es una muger liviana,
estorbar que no lo sea
no es honra, sino venganza.
Porque si la inclinacion
de su liviandad declara,
lo mas es el consentirla,
lo ménos executarla.
Ay Fenix, tal liviandad!
mas quien á sangre tan clara
perdió el respeto conmigo,
qué hará con un Rey de Francia?
Ya te he conocido, Fenix,
ya no por Fenix de Arabia,
única en ser casta al mundo,
sino por Fenix de infamia.
El hijo que de los dos
fué fruto, haré que mañana,
si puedo, no goces Fenix,
que sino me reportara
diera voces que le diéran
al Rey de matarme causa.
Mas poco puede tardar
mi muerte, si ya te cansa
mi vida, ah cruel fortuna,
qué imaginacion pensára,
que hoy me dieras tanta dicha
en dar vida á quién me mata?
Libré al Rey, y el mismo Rey
me viene á quitar el alma,
porque no hay mayor tormenta
que despues de gran bonanza.
No me pesa de haber sido
su remedio en tal desgracia,
porque el Rey despues de Dios,
y despues de Dios la patria.
El vive por mí, yo no,
que quiere Fenix ingrata,
que me mate un rayo fiero,
pues lo ha de ser su mudanza.

ACTO SEGUNDO.

Salen el Rey y Cesar.

Ces. Vuestra Alteza esté contento,
que hoy á París ha llegado
Fenix.
Rey. Tan desconfiado
estoy de mi pensamiento,
que apénas me dá alegría
nueva que tanta me diera,
Cesar, quando yo tuviera
la esperanza que solia.
Ces. Pues no entró en aquella aldea
vuestra Alteza á verla?
Rey. Sí,
pero no hay bien para mí,
que en esta empresa lo sea.
Ces. Pues qué falta en tanto exceso
de favor que desear?
Rey. Nunca he tenido lugar
de contaros el suceso,
por quien mi esperanza vana
pienso que camina á tiento.
Metióme en un aposento
sin luz aquella villana,
y díxome, desde aquí
podeis con Fenix hablar,
pero no habeis de llegar,
que duerme su padre allí.
Yo que solo pretendia
guardar en mi voluntad
decoro á su calidad,
y grave estilo á la mia:
díxele ménos turbado,
que si hubiera luz, mi amor;
y respondióme en favor
de mi esperanza y cuidado:
que estaba triste y zelosa
de la Condesa Lisarda;
respondí, Fenix gallarda,
un tiempo Lisarda hermosa
fué mas entretenimiento,
que cuidado de mi amor,
que en viendo vuestro valor,
llevó como pluma el viento:
vos sois, Fenix, mi verdad,
y encareciendo mi fe,
partir con ella juré
el alma y la magestad.
Esto diciendo, sentí
llorar á Fenix de zelos;
quién viera llover dos cielos,
César, de zelos de mí!
Hizo amor de sus enojos
en aquella escuridad,
para mayor tempestad,
agua, y rayos de sus ojos.
Si bien entónces queria
que llegase á donde estaba,
porque quien por mí lloraba,
poca defensa tendria.
Pero helándome el temor,
y obligándome el respeto,
mas cobarde que discreto,
detuve el paso al amor.
En esto, el Conde que estaba
cerca de allí, despertó;
y Laura que presumió,
que oyó que Fenix lloraba,
sacóme del aposento
á una quadra, y fué á mirar
si el Conde volvia á llamar,
y entretanto, Cesar, siento,
que por defuera á la puerta
se quejaba un hombre ansí:
Fenix cruel, para mí
tanta traicion encubierta?
Tú á Cárlos esta traicion?
Eres tú la que decias,
que por alma me tenias
en medio del corazon?
Conozco que el Rey merece
mas que yo, que al fin es Rey,
pero qué razon, qué ley
disculpa á tu engaño ofrece?
Pues ya, señora, vivia
en fe de que era tu esposo,
dirás que fué poderoso,
y que es su amor tiranía.
Mientes, Fenix, padre tienes,
á quien el Rey respetara,
hoy tu liviandad declara,
que á abrirle tus puertas vienes.
Mira, Cesar, lo que amor
puede hacer, pues dos zelosos

nos hallabamos quejosos,
y con un mismo temor.
Pero como recibí
la vida, despues de Dios,
de Cárlos, fuí de los dos
el que mas pena sentí.
En esto, Laura, venia
diciéndome, que era fuerza
salir, y á salir me esfuerza;
que por Cárlos no queria.
Salgo en fin, y el mozo osado,
de la espada prevenido,
quien va, me dice atrevido,
yo respondo reportado:
Cárlos, yo soy, y con esto
á mi aposento me voy,
donde hasta el aurora estoy
afligido y descompuesto.
Y fuéron justos desvelos,
pues entré con tanto amor,
Cesar, á buscar favor,
y salí lleno de zelos.

Ces. Como Laura me avisó,
que me quitase de allí,
á mi aposento me fuí.
por eso Cárlos llegó.

Rey. Mejor fué, pues he sabido
por quien tan mal me ha tratado
Fenix, si bien me ha pesado
que este Cárlos haya sido.
Qué haré, Cesar, que no es justo,
que compita un Rey con él?
sufrir es cosa cruel
de los zelos el disgusto.
Si es que Fenix le queria,
echarle de aquí no puedo
sin gran nota, y tengo miedo
á que descubrir podria
al Conde mi pensamiento;
pues matar á quien me dió
la vida, primero yo
dexaré mi loco intento.
Porque si el bien recibido
es deuda de un pecho honrado,
quien es Rey, mas obligado
nace á ser agradecido.

Ces. Quieres que yo te aconseje?

Rey. Es el oficio mayor
del amigo.

Ces. Pues, señor,
ni se vaya, ni se queje,
sino que haciéndole bien,
y pagándole el servicio,
con un grande beneficio,
quedes libre del tambien.

Rey. Cómo?

Ces. A un tiempo puedes dalle
un título y casamiento,
que ayuda á este pensamiento,
tener Cárlos tan buen talle.
Fuera de cumplir tambien
con Fenix, si la acobarda
Lisarda, y dando á Lisarda
marido.

Rey. Dices muy bien.
Que si con Cárlos la caso,
Lisarda tendrá remedio;
yo sin que esten de por medio
los zelos en que me abraso.
Y Fenix para quererme
sin Cárlos y sin Lisarda,
que Lisarda ya no aguarda
mas desengaños, que verme
de Fenix enamorado:
tratarlo con ella quiero.

Ces. Pues habla al Conde primero,
porque del Conde abonado,
no repare la Condesa
en la calidad.

Rey. No hará,
que el talle la obligará
á mas dificil empresa.
Fuera de que habrá de ser,
y no lo que ella desea.

Ces. Sí querrá quando le vea.

Rey. No hay imposible al poder.

Vanse, y salen el Conde y Fenix

Fen. Para quien quietud desea,
no cansa el campo jamas.

Cond. Mejor en París estás,
Fenix, que en aquella aldea.
Demas que ya el Rey tenia
propósito de venir
por instantes á impedir,
ya tu quietud, ya la mia.

Que es bueno el campo confieso;
pero ya era Corte allí,
y aquel gasto para mí
era, Fenix, grande exceso.
En vez de árboles y peñas
hombres y coches habia,
que de serlo descubria
apénas el monte señas.
Bien estás aquí, yo voy
á ver al Rey, que no quiero
que él venga á verme. *vase.*

Fen. Qué espero
quando en tanta pena estoy?
Allá por lo ménos via
dos Cárlos, aquí no sé
si aun el uno ver podré;
tal es la desdicha mia,
despues que el Rey me ha mirado,
aunque estoy arrepentida,
de que Lisarda ofendida
de zelos, se haya engañado.
Pero por librarme del
en una ocasion tan fuerte,
lo tuve por mejor suerte:
ella en fin habló con él,
y se fué desengañada,
acompañando al aurora
con su llanto.

Sale Dionis criado.

Dion. Ya, señora,
la aldea mal enseñada,
se va trasladando acá.
Fen. Cómo?
Dion. Laura viene ya.
Fen. Pídeme albricias, Dionis.
Dion. Pues no viene sola.
Fen. No?
Dion. Huesped trae.
Fen. Quién es?
Dion. Un labrador, que despues
que nací, no he visto yo
villano tan agraciado.
Fen. Es Cárlos un hijo suyo?
Dion. El mismo, y parece tuyo
en lo lindo y aseado,
si ya tuvieras marido.
Fen. Cómo tarda?
Dion. Ya se apea
de un carro.
Fen. En buen hora sea
ese labrador venido:
vete si tienes que hacer,
que ya los siento llegar;
qué bien en tanto pesar
me vino tanto placer?

Vase Dionís, y sale Laura con un niño vestido de villano.

Laur. Podrán besarte la mano
dos huespedes de una aldea?
Fen. Laura, bien venido sea
amor en trage villano.
Que si pintan al amor
tan hidalgo en sus acciones,
ya quiere para traiciones
vestirse de labrador.
Dónde está el arco, mis ojos?
pero en los mismos está:
no tireis, porque no habrá
vidas que os dar en despojos.
Laur. Parece que estás hablando
con tu Cárlos.
Fen. En él veo,
á lo ménos el deseo,
Laura, de verle engañando.
No dice un amante amores
á un retrato viendo en él
la imitacion del pincel,
y el hurto de las colores?
Pues quánto serán mejores
á un retrato vivo, en quien
las mismas gracias se ven;
pues solo falta al deseo,
que á lo que veo y no veo
crédito los ojos den?
Si á una copia, si á un traslado
se da fe por ser igual
como al mismo original,
este es Cárlos retratado.
Cárlos de Cárlos traslado;
y mirándole sospecho,
que amor con ingenio ha hecho
que me parezca menor,
para que quepa mejor
desde los ojos al pecho.

Laura á mi esposo quisiera
traer por joya en mi cuello,
porque desde el pie al cabello
en cifra el alma le viera.
Mas quién sino amor pudiera
hacer con estrechos lazos,
que dándole mil abrazos,
y de mil diamantes hecho,
sirva de joya á mi pecho,
y de cadena á mis brazos?
Laur. Dios sabe con el temor
que á tu casa le he traido,
que como es tan parecido,
temo que diga tu amor.
Pero cómo puede ser
puesto que el Conde le vea,
que nuestro rezelo crea
que le pueda conocer?
Que la justa confianza
que tiene de tu valor,
asegurando el temor
deshace la semejanza.
Que si yo te sirvo aquí,
disculpa tambien ha sido,
haber á Cárlos traido:
mas si te parece á tí,
mudémosle el nombre á Cárlos;
que Cárlos, y parecido
á Cárlos, verá que ha sido
Cárlos retrato de Cárlos.
Fen. Cómo le quiéres llamar?
Laur. Lauro por Laura es mejor.
Fen. Cárlos?
Niñ. Señora?
Fen. Mi amor,
el nombre os quiero quitar,
Lauro os llamais, entendeis?
mirad que sois Lauro ya.
Niñ. Mi señora, claro está,
llamadme y vos lo vereis.
Fen. Cárlos?
Laur. No responde agora.
Fen. Lauro?
Niñ. Señora?
Fen. O qué bien!
Quién es vuestra madre?
Niñ. Quién?
Laura es mi madre, señora.
Fen. Con esto al temor restauro
confianza de que puedo
tenerle aquí.
Niñ. No haya miedo,
que yerre el papel de Lauro.
Fen. Lauro, tan bien lo decis,
que vivireis desde agora
conmigo.
Niñ. Diga, señora,
no meriendan en París?
Fen. Sí, Lauro, tiene razon,
llevale Laura, y advierte,
que le enseñes de tal suerte,
que no olvide la licion.
Laur. Segura de Lauro estoy.
Fen. Con él cesan mis enojos.
Laur. Vamos, Cárlos de mis ojos.
Niñ. No Cárlos, que Lauro soy. *v.*
Fen. Amó la hermosa Reyna del Egipto
un caballo veloz, con que tuviéron
infamias las hazañas que pudiéron
dexar su nombre en bronce eterno escrito.
Pásife un toro amó, con infinito
deshonor que las fábulas le diéron
no porque fué verdad, pero quisiéron
decir, que amar indignos es delito
Yo amé, yo erré, qué error tan disculpado
el de quererte yo, Cárlos, pues eres
del cielo copia, del amor traslado
Tú me disculpa de mi error si quieres
que amar lo que merece ser amado
hace menor el yerro en las mugeres

Sale Cárlos.

Carl. Cuidados mios, muy aprisa intenta
un agraviado amor perder la vida
tan triste, tan cobarde, tan perdida,
que apénas un cabello la sustenta.
A los agravios la venganza alienta,
y en mí no quiere amor que yo la pida,
que aunque la causa del amor se olvida,

nunca se olvida del honor la afrenta.
Como infiernos de amor, en que amor pena,
son los zelos que salen á los labios,
del fuego de que el alma vive llena.
Pues si infiernos de amor, los llaman sabios,
qué nombre tiene amor para su pena
despues que se averiguan los agravios?

Fen. Cárlos mio, darme albricias
de la mejor nueva puedes,
que entre favores de entrambos,
á nuestra fortuna debes.
Que como aquel ángel tuyo
gozé en la aldea dos meses,
sintiera agora en París
estar un hora sin verle.
A Laura le osé pedir,
que en la ciudad me sirviese,
mudando el traje, que tanto
tus dulces prendas me vencen.
Porque con esta ocasion
el bello niño truxese;
que en forma de labrador
por nuestra casa le tiene.
Mudéle el Cárlos en Lauro,
porque como te parece,
no diese al Conde ocasion
quando tan cerca le viese.
Cómo es esto, señor mio?
és posible que me muestres
el semblante triste, quando
te vengo á hablar tan alegre?
Ay mi bien! qué ha sucedido?
porque no sin causa vienes
con tal tristeza á matarme,
que está mi vida ó mi muerte
pendiente de tu alegria,
habla, ó mátame.

Carl. No intentes
que te hable, que aun no tengo
para poder responderte
aliento, Fenix, ni aun ojos
para mirarte.

Fen. No sueles,
Cárlos, por causa ninguna
hablarme tú desta suerte.
Si se cansó la fortuna,
mi bien, de favorecerme,
si ya mi padre ha sabido
que le infamé por quererte,
díme presto, quién ó cómo
pudo á matarme atreverse;
y si yo soy la ocasion,
mira que estoy inocente.
Mira que no es justo, Cárlos,
que sufra yo tus desdenes,
porque es hacerme el agravio
de las comunes mugeres.
Mira que en firmeza eterna,
soy el peñasco mas fuerte,
que ha combatido la mar
quando mas soberbia crece.
Habla, señor.

Carl. Qué palabras
me darán, ingrata Fenix,
agravios de amor y honor?

Fen. De amor y honor?

Carl. Quando excede,
Fenix, á la lengua el alma,
que uno dice y otro siente.
Mas lo que puedo decirte
es, que no puedo quererte,
cosa que juzgué imposible,
aunque mi vida pudiese
ser inmortal como el alma,
de donde quiero que pienses,
que he de sacarte ó matarme,
y todo será tan breve,
que no pasarán dos dias,
que de tus ojos me ausente,
y esto, Fenix, porque al Conde
es justo que le respete,
y que para tanta ausencia
le dé causas suficientes,
que por tí desde aquel punto
que pude en los brazos verte
de otro hombre, ó lengua, qué has dicho?
ó lengua, qué fácilmente
resvalas! pero qué mucho,
que mis agravios dixeses!
El entendimiento humano
es un relox, á quien mueve
la memoria y voluntad,

que son las ruedas que tiene.
Es la lengua la campana,
por cuya causa acontece,
que desconcertadas ellas,
la lengua se desconcierte.
Ya lo he dicho, y mis agravios
otra vez á decir vuelven,
que has ofendido mi amor,
pues amante me aborreces.
Y mi honor como marido,
pues á querer te resuelves
otro hombre, si bien mejor,
disculpa que no mereces.
Pues amor y honor se quejan
de que su lealtad ofendes,
que para sentir agravios,
tambien son hombres los Reyes.
Que en efecto, los agravios
sean, Fenix, de quien fueren,
son en fin, como las almas,
ni son hombres, ni mugeres.
Fen. Cárlos, aunque yo te he dado
licencia para quererme,
por mi estrella ó mi desdicha,
no para hablarme insolente.
Que en llegando á libertades
tan indignas, de quien puede
igualar del Rey la sangre,
pues de la suya desciende:
diré que eres mi criado;
porque si aquí no procedes
conmigo, como quien soy,
y como dueño te atreves,
harete quitar la tuya,
aunque la vida me cueste.
Carl. Pues quiéresme tú negar
lo que mis ojos...
Fen. Detente,
que te despeñan los ojos,
que tal vez como jueces,
por falsas informaciones,
dan sentencias diferentes
de lo que fueran sabiendo
la verdad.
Carl. Quando tú niegues
que no fué el Rey, es un hombre
el que en tu aposento aleve,
entró aquella misma noche.
Fen. Eso es verdad.
Carl. Pues qué quieres?
Fen. Que sepas que la Condesa
Lisarda, que vino á verle,
quiso averiguar sus zelos,
y que yo porque no hiciese
fuerza el poder á mi honor,
que determinado es fuerte,
fuí cómplice en el engaño.
Carl. El engaño bien se entiende,
que es el que me hás hecho ingrata,
ni pudo sin que la viesen
venir la Condesa aquí,
ni ya que vino volverse.
Fen. Miéntras estaba cazando
llegó aquí secretamente,
y con el alva salió;
pero agora me parece
por el sentimiento injusto,
con que mi firmeza ofendes,
que no son los zelos mios
los agravios que encareces.
Ya entiendo lo que ignoraba,
vino la Condesa á verte,
poniendo la culpa al Rey:
tú viendo que el Rey la quiere,
estás muy desatinado;
pues, Carlos, quando previenes
ausencia por otras damas,
es bien que de mí te quejes,
y que me pongas la culpa
si prendas del Rey pretendes?
Dexa mi honor que me cuestas
mucho, para no tenerme
el respeto de criado,
que á lo marido me pierdes.
Si quieres irte zeloso
del Rey, quién puede tenerte?
Cárlos, tengo aunque te vayas,
no hayas miedo que me queje
de no tener prenda tuya,
como se quejaba ausente
Elisa Dido de Eneas,
y quando no le tuviese,
espada no ha de faltarme,
aunque para darme muerte.
basta acordarme que fuí
muger, que pude atreverme

á querer hombre tan vil,
que ha pensado baxamente,
que merece que le ofendan,
y que yo pude ofenderle.

Carl. Fenix, Fenix, amor mio,
señora mia. *Fen.* No pienses
engañarme con palabras,
quando con obras me ofendes. *v.*

Carl. O lágrimas de amor, dulce vio-
lencia,
ó llanto poderoso, ó fuerte en-
canto,
ó Sirena fingida, á cuyo canto
calla el rigor, y duerme la pru-
dencia.
Contigo no hay valor, poder, ni
ciencia;
que puede tanto un amoroso llanto,
que el cielo con poder y saber tanto,
no tiene para el llanto resistencia.
Pues siendo de muger, zelos y enojos,
ni aun agravios sabrán mover el
labio,
sino darle mil almas por despojos.
No se fie el mas cuerdo, honrado y
sabio,
porque si espera ver llorar sus ojos,
perdonará despues qualquier agra-
vio.

Vase, y sale Silvio, de camino.

Sil. Esta, señor pensamiento,
es la Corte de Paris,
aquí labrador venis
á ser cortesano atento.
No, Corte, porque yo quiera
que esto me agradezcas ya,
vinoseme el alma acá,
que á fe que yo no viniera.
Huyóse Laura de mí,
que con aquesta mudanza
supo bien tomar venganza
de haberle negado un sí.
Como sino fuese nada
el sí para un casamiento,
siendo el mas fuerte instrumento,
que dexa el alma obligada.
O escritura! que despues
hace arrepentir á tantos,
pues diciendo sepan quantos,
ninguno sabe lo que es.
Mucho me debes amor,
pues á la Corte he venido,
haciéndome prevenido
los avisos de un temor.
Dicen que hay cosas aquí,
oh Paris! y que en tí caben,
que aborrecen los que saben
vivir y morir en tí.
Aquí diz que la verdad
anda siempre rebozada,
la memoria declarada,
y falsa la voluntad.
Dicen que mueren de necios
los que son mas entendidos,
por no sufrir atrevidos,
y por no escuchar desprecios.
Que con el pobre es cruel
la soberbia y la codicia,
que nunca alcanza justicia,
y que ella le alcanza á él.
Que tiene el que es mas leal
cara de pocos amigos,
y que hay muchos enemigos
para hacer y decir mal.
O Laura, grande poder
el de tu hermosura ha sido,
pues á Paris me ha traido
donde me temo perder.
Aquí tengo de callar,
sufrir, engañar, fingir,
con quien se rie, reir,
con quien llorare, llorar.
Alabar al cuerdo, al loco,
al idiota, al incapaz,
que importa vivir en paz,
sufrir mucho y hablar poco. *vase.*

Sale Laura en hábito de dama, y Dionis, criado.

Dion. Despues Laura, que has mu-
dado
el traje, tan linda estás,
que á quantos te miran das
con tu descuido cuidado.
Yo estoy perdido por tí.

Laur. Pues pregonate, que yo
del aldea truxe un no,
que en su aspereza aprendí.
El hábito cortesano
no muda la condicion.
Dion. Paga, Laura, mi aficion.
Laur. Quedo, y sin tocar la mano,
y vete con Dios, Dionis:
mira que Cárlos te espera.
Dion. Esto poquito te altera?
á qué veniste á París?
Laur. A no ver como en mi aldea
asnos, y hay muchos acá;
vete que te aguarda ya.
Dion. Que tal tu aspereza sea?
Voyme á la Corte, y dexo
el cuidado de ablandarte. *vase.*
Laur. No será la Corte parte,
si con mi honor me aconsejo.
Sale Silvio.
Sil. Todos estamos acá,
señora Laura. *Laur.* Quién es?
Sil. Silvio, Laura, no me ves?
ó desconoceme yá?
Laur. Silvio?
Sil. Despues que dexaste
la aldea, en que te has criado,
hasta el hábito has mudado,
mas qué mucho si mudaste
el alma con él tambien,
y la has puesto en el criado
de Cárlos? *Laur.* No has escuchado,
Silvio, mi respuesta bien.
Pero á que vienes acá
á decirme desvarios,
con unos zelos tan frios?
Sil. Pensé que pudiera allá
vivir sin tí, engaño fué;
pues no hay álamo en el prado
sin letras de mi cuidado,
para que crezca mi fe.
Jamás al alva salí,
que hallase en todas sus flores,
de tu rostro las colores;
ni manso arroyuelo ví,
que como tú se riese,
aunque á su puro cristal
diese la margen coral,
y perlas la arena diese.
Todo fué tristeza y luto
dexándome tu rigor,
ni planta miré con flor,
ni flor que esperase fruto.
En todo hallé soledad;
y como en nada te hallé,
determinéme á la fe,
á venir á la ciudad.
Vesme aquí, Laura, qué piensas
hacer de mí? *Laur.* Bien pudiera
agora, si yo quisiera,
vengarme de tus ofensas.
Pero quiero proceder
como muger cortesana,
que no quiero ser villana,
aunque lo pudiera ser.
Yo soy toda la privanza
de Fenix, yo haré que estés
en su casa, ó prueba un mes,
hasta entender la mudanza.
Que aquí podremos tratar
lo que nos esté mejor,
mas no has de ser labrador.
Sil. Ya sé que no hay que labrar
en los campos de la Corte
siempre estériles; mas dí,
qué puedo yo hacer aquí,
que para vivir me importe?
Qué oficio tendré en su casa
del Conde? *Laur.* Si has de servir
á Cárlos, no hay que pedir
oficio miéntras se casa.
Mas, pues á la Corte vienes,
entra con mucha humildad,
ganando la voluntad,
Silvio, pues ingenio tienes.
Que te quieran bien procura,
por bien hablado, y bien visto,
que hacerse un hombre malquisto,
es necedad y locura.
Con decir de todos bien,
hay correspondencia igual;
porque si tú dices mal,
de tí le dirán tambien.
Acompañate con buenos,
y tú lo parecerás;
respeta al que sabe mas,

y alienta al que sabe ménos.
No te metas en tu vida
á bachiller, porque es cosa
notablemente enfadosa,
cansada y aborrecida.
Nadie en efecto te arguya
aunque estén de infamias llenas,
de mirar casas agenas,
sino de guardar la tuya;
honrar mugeres codicia,
no lo desigual igualas,
de cortesia á las malas,
y á las buenas de justicia.
Que con estos documentos
segura vida tendrás.

Sil. Tienes que decirme mas?

Laur. Que aquestos seis manda mientos
cifran dos. *Sil.* Atento estoy,
que me debe de importar.

Laur. No fiar ni porfiar.

Sil. Esa palabra te doy.

Vase, y salen el Rey, Lisarda y Cesar.

Rey. Siempre, Lisarda, he pensado
en tu remedio. *Lis.* Lo creo,
gran señor, de tu deseo,
de tu amor y tu cuidado.

Rey. Condesa, yo te he casado
para sosegar mejor
á los que hablan en tu honor,
porque mirar por la fama
de lo que quiere quien ama
es el verdadero amor.
Pienso que conocerás
el dueño que darte quiero,
que es Cárlos un caballero
que no hay que decirte mas.
A tu estado añadirás
otro que yo quiero darte,
por pagarle, y por pagarte
dos grandes obligaciones.

Lis. En muchas, señor, me pones
de servirte y de alabarte.
No es ese Cárlos criado
de Arnaldo? *Rey.* Lisarda, no;
es criado el que sirvió,
pero no el que se ha criado.
Su hermano al Conde le ha dado
por padre en su larga ausencia,
mira tú si hay diferencia,
y si esta verdad abona
en su gallarda persona
aquella ilustre presencia.
Débole á Cárlos la vida,
débele Francia su Rey:
mira tú si es justa ley
pagar deuda tan debida.
Si mi amor no se te olvida,
tambien obligada estás,
y de mí conocerás
si estimo este caballero,
que en darle lo que mas quiero
no puedo pagarle mas.
De Alexandro se alabó,
que dió su amada Campaspe,
con que en bronce, en oro, en jaspe
esta hazaña eternizó.
Lo mismo quiero hacer yo
para ganar mayor palma,
puesto que me dexa en calma
perdente, y ser mi homicida,
pues á quien me dió la vida,
no le doy ménos que el alma.

Lis. Pues ha dicho vuestra Alteza
su razon, será razon
que yo le diga la mia:
está atento. *Rey.* Atento estoy.

Lis. Conozco que fuy culpada
en dexar que su aficion
pudiese obligar la mia;
mas fué disculpado error.
Porque tengo pensamientos
de tan noble presuncion,
que á no imaginarme Reyna,
no estimára su valor.
Con esto, y que vuestra Alteza
algunas veces me dió,
sino esperanzas, engaños,
creció mi satisfacion.
En medio pues destas cosas,
que no quiero, gran señor,
traerlas á la memoria
para mayor confusion;
porque palabras y plumas

siempre el viento las llevó,
y requiebros y papeles
pienso que lo mismo son:
á Fenix vió vuestra Alteza,
y en Fenix su nombre vió,
concepto que trae consigo
para qualquiera ocasion.
Enamoróse, y confieso,
que muy bien se enamoró,
que no tiene ley el gusto,
ni fuerza la inclinacion.
Llegó luego á mi noticia,
que no hay cosa mas veloz
que una mala nueva al dueño,
y aun la avisa el corazon.
Debe el avisado albricias
del mal á quien le avisó,
porque un daño prevenido
es quando llega menor.
Supe tambien que á una aldea
de temor se retiró,
adonde fué vuestra Alteza
en forma de cazador.
Por averiguar mis zelos,
del amor fuerte pension,
mas no quando son agravios,
que son infamia de amor,
en una carroza parto,
digo á Fenix mi pasion,
dióme su aposento Fenix,
donde vuestra Alteza entró.
Lo que pasó ya lo sabe,
y ántes que saliese el sol
vuelvo á París, y conmigo
mi desengaño volvió.
Cuesta mucho un desengaño,
y lo que aquel me costó,
quien ama, y los ha tenido,
sabrá el estado en que estoy.
Esto pasára en silencio
mi amor por su propio honor,
que quien dice sus desprecios,
afrenta su estimacion.
Pero llegado el engaño
á tan estraño rigor,
que vuestra Alteza me case,
sabiendo París quien soy,
con un criado de Fenix,
es tan grande sinrazon,
que dará lengua á las piedras,
y á la mas cuerda furor.
Si Cárlos mató la fiera,
que á vuestra Alteza sacó
del caballo, pague Fenix
lo que fué su obligacion.
Qué culpa tiene Lisarda
si por Fenix sucedió?
porque yo á la misma Fenix
tendria por deshonor
recibirla por criada,
no siendo su dueño vos?
Que en sangre, en talle, en ingenio,
yo pienso que soy mejor,
no siendo vos el juez,
que teneis mucha pasion.
Y con esto os desengaño,
porque primero que yo
sea de Cárlos, ni Francia
juntos nos halle á los dos,
tendrán los quatro elementos
paz en su disforme union,
quietud las aguas del mar,
piedad la envidia feroz,
la ambicion descanso y gusto,
buena fortuna el temor,
amor paciencia agraviado,
y los zelos discrecion.
Case vuestra Alteza á Cárlos
con Fenix, que yo le doy
palabra que calle Cárlos,
y que ella no diga no.
Que con esto y su licencia
desengañada me voy,
y si no manda otra cosa,
mil años le guarde Dios. *vase*

Rey. De mi paciencia me espanto,
el ser muger me disculpa.

Ces. Vuestra Alteza tiene culpa
de haberla escuchado tanto.
Pero pues tiene poder,
por qué se ha de resistir?

Rey. Esto, Cesar, es decir,
y no es el decir hacer.
Claro está que ha de ser fuerza,
si no fuere voluntad.

Ces. El parecer liviandad

á que se queje la esfuerza.
Pero pues que zelos son
de Fenix, oye, y verás
como entre los dos pondrás
tan notable confusion,
que si algun amor habia
cese para siempre en ellos.
Rey. Si fuese sin ofendellos,
notable industria seria.

Salen Cárlos, Dionis, y Silvio vestido de lacayo.

Carl. El Rey me envia á llamar,
y llevo notable pena.
Dion. Pues no pases desta sala,
que allí está hablando con Cesar.
Carl. Cómo, Silvio, entraste aquí?
Sil. Señor, por ver la grandeza
del Palacio, que á mi Rey
ya le he visto en nuestra aldea.
Ces. Allí está Cárlos, señor.
Rey. Cárlos?
Carl. Deme vuestra Alteza
los pies. *Rey.* Yo te debo, Cárlos,
la vida; pagarte intenta
mi obligacion. *Carl.* Mi humildad
levantareis de la tierra.
Rey. He tratado con Arnaldo
casarte con la Condesa
Lisarda, y como señora,
por humilde te desprecia.
Yo quiero que la enamores,
porque no hay mas dulce fuerza
de conquistar voluntades,
porque yo sé de tus prendas,
que rendirán qualquier dama,
por mucho que se defienda.
Cesar te dará dineros,
joyas, caballos, libreas,
no quiero mas de que pongas
tu persona y tu prudencia.
Esto ha de ser sin decir,
que yo te mando que emprendas
servirla, que si lo dices,
perderás, Cárlos, con ella
mi gracia, y quizá la vida:
de dia galan pasea
su calle, y de noche armado
ronda su puerta y sus rexas.
Hasme entendido? *Carl.* Señor.
Rey. No repliques: á qué guerra
te envio yo, á qué peligro,
á qué dificil empresa?
A qué mar llevas armada
para poner mis vanderas
en las mas remotas playas?
Carl. Pluguiera á Dios que eso fuera,
que yo lo supiera hacer.
Rey. Cárlos, Cárlos, esto es fuerza,
hacer lo que manda el Rey
es ley de naturaleza.
Venid con Cesar, tú luego,
sin que en Palacio se entienda,
le darás diez mil escudos. *vase.*
Ces. Ven, Cárlos.
Carl. El Rey ordena
mi muerte, Fenix la causa,
al poder no hay resistencia. *vase.*
Sil. Qué lleva Cárlos? *Dion.* No sé.
Sil. Con el Rey lleva tristeza,
válgame Dios, quién pensára
que en los Palacios la hubiera?

ACTO TERCERO.

Salen Lisarda, Cárlos, Celia, y Silvio.

Lis. Quise enviarte á llamar,
perdona haberte apeado,
Cárlos, que me das cuidado,
para hablarte y descansar.
Para quién, Cárlos, te armas,
para quién la bizarria
de tantas galas de dia,
de noche de tantas armas?
Qué causa el dia te doy,
que nunca esta calle dexas?
Qué les dices á mis rexas
quando yo durmiendo estoy?
Qué motivo puede haber?
ya has dado bien que decir,
Cárlos, yo te quiero oir,
pues que tú me quieres ver.
Grandezas has descubierto,
que dan á entender valor,
eres algun gran señor,

que anda en la Corte encubierto?
Declara tu oculto nombre,
ya es ignorancia callar,
que tanto andar sin hablar,
Cárlos, no es efecto de hombre.
Como á todos sospechoso,
puesto me has en confusion,
porque es tanta ostentacion
digna de un Rey poderoso.
Si es encogimiento, advierte,
que ya me tienes aquí;
porque reparando en tí,
ya no me pesa de verte.
Habla, licencia te dan
mi calidad y mi fama,
porque estás, Cárlos, tan dama,
que vengo á ser el galan.
Carl. Señora, no sé que os diga,
solo sabed, que mi intento
es un nuevo pensamiento,
que á lo que decis me obliga.
No sé yo qual de los dos
está mas confuso aquí,
vos preguntándome á mí,
yo respondiendoos á vos.
Mirad en tal contingencia
qué podeis imaginar,
porque yo no os puedo hablar,
aunque vos me deis licencia.
Y así la tomo de irme
por no poder detenerme,
que hay á quien pesa de verme,
quando vos gustais de oirme.
Esta gala, este paseo
tiene tal competidor,
que es amor, y no es amor,
es deseo, y no es deseo.
Es violencia, y no es violencia,
es rigor, y es amistad,
es fuerza, y es voluntad,
es licencia, y no es licencia.
Tiene el provecho en el daño,
y el remedio en el temor,
es favor, y no es favor,
es engaño, y no es engaño.
Con que no sabreis jamás
la causa, de mí á lo ménos,
porque habeis de saber ménos
miéntras os dixere mas.
Lis. Vos quereisme bien? *Carl.* No sé.
Lis. Pues qué pretendeis? *Carl.* Serviros.
Lis. Hablad.
Carl. No sé qué deciros.
Lis. Pues por qué?
Carl. No sé por qué...
Lis. Si sabeis. *Carl.* No puedo hablar.
Lis. La razon?
Carl. Porque no puedo...
Lis. Descortes sois.
Carl. Tengo miedo.
Lis. A quién? *Carl.* Mandóme callar.
Lis. Qué necedad! *Carl.* Es por vos.
Lis. No me sirvais. *Carl.* Yo quisiera.
Lis. No me mireis.
Carl. Quién pudiera?
Lis. Pues idos.
Carl. Quedad con Dios. *vase.*
Lis. Ah gentil hombre. *Sil.* Soy yo
Lis. Oidme. *Sil.* Yo, para qué?
Lis. Servis á Cárlos? *Sil.* No sé.
Lis. Sabeis lo que es esto? *Sil.* No.
Lis. Pues con él no entrastes? *Sil.* Sí
Lis. Dónde estais?
Sil. En su posada.
Lis. Algo sabreis. *Sil.* No sé nada.
Lis. De quién os temeis? *Sil.* De mí.
Lis. Qué necios estais! *Sil.* Por vos
Lis. No pensais hablar? *Sil.* Soy firme
Lis. Qué aguardais?
Sil. Licencia de irme.
Lis. Yo os la doy.
Sil. Quedad con Dios. *vase.*
Lis. Ay Celia! quién entendiera
lo que este Cárlos pretende!
Cel. Bien fácilmente se entiende,
que éste hablára si pudiera.
Teme el gran competidor,
que tiene en el Rey.
Lis. No sé,
puesto que el Rey no me vé
de que procede el temor.
Si su ingratitud ha sido
causa que de aquella historia
ya no haya en mi amor memoria,
que no la sepulte olvido.
Reparando en Cárlos bien,

hombre digno me parece
de amarle. *Ces.* Bien lo merece,
y el Rey tu olvido tambien.
Lis. Si por él no se declara,
y Cárlos tiene el valor
que muestra, tendréle amor.
Ces. Señora, la causa es clara,
y que el no hablarte es por él.
Lis. Es ya su valor tan grande,
que aunque el Rey no me lo mande,
pienso casarme con él.

Vanse, y salen el Rey y Cesar.

Rey. Vano fué mi remedio.
Ces. No muy vano,
pues ya te mira con semblante humano
Fenix que se mostraba tan ayrada,
y parece que Cárlos no le agrada;
sin esto, la Condesa á Cárlos mira.
Rey. Mi sufrimiento con los dos me admira,
mas tengo aquel servicio tan presente,
que no hay remedio que mi amor intente,
que siendo contra Cárlos le permita,
Cárlos á la Condesa solicita,
mas no por eso Fenix le desprecia,
mi voluntad en porfiar tan necia,
estando aquesta noche desvelado,
un remedio me ha dado que ha llegado
á ser como el enfermo que no duerme,
pensando en los remedios que he de hacerme.
Cés. Y qué remedio ha sido?
Rey. Este es el Conde,
oid lo que le digo, y me responde.

Sale el Conde.

Cond. Qué es, señor, lo que manda vuestra Alteza?
Rey. Conde, la confianza en la nobleza
de vuestra sangre, á daros un cuidado,
en que me va la vida, me ha obligado.
Cond. La vida, gran señor? guardeos el cielo,
mi sangre sabe Francia, y vos mi zelo.
Rey. Poned la mano, Conde, en vuestra espada.
Cond. No estaba en otra edad mal enseñada.
Rey. Jurad por ella de guardar secreto.
Cond. Y con pleito homenage os lo prometo.
Rey. Yo caso á Cárlos, el que habeis criado,
del servicio que vistes obligado,
fáltale calidad, que darle quiero,
diciendo vos, como de vos lo espero,
que es vuestro hijo, habido en otros años,
quando de amor se sufren los engaños,
y esto á Fenix, y á él para que puedan
decirlo á todos, pues hermanos quedan.
Cond. Cosa tan justa, justamente obliga,
que ser hermanos á los dos les diga,
para que á Cárlos calidad le sobre,
que si vos le casais, no será pobre,
que en verle pasear á la Condesa
Lisarda, que de verle no le pesa,
con tantas galas, bien imaginaba,
que vuestra Alteza la ocasion le daba,
al pasado servicio agradecido.
Rey. Esto con el secreto, Conde, os pido.
Cond. Voy á serviros, y á decirle á Fenix
lo que ha de serle de tan grande gusto,
y yo llevo, señor, el que es tan justo
de ver de vos á Cárlos tan honrado,
mi hijo es Cárlos, pues que le he criado. *vase.*

Rey. Qué te parece desto?
Ces. Que en sabiendo
que son hermanos, cesará el quererse,
podrá sin esto el casamiento hacerse
de la Condesa y Cárlos; pues le has dado
calidad.
Rey. Quién hubiera imaginado
sino un zeloso, industria semejante?
Ces. No hay lince tan sutil como un amante.

Vanse, y salen Fenix y Cárlos.

Fen. No hay cosa que mas me admire,
que ver que llegues á hablarme,
y que de solo mirarme,
el temor no te retire.
Carl. No quieres que te hable y mire
un hombre que está inocente?
Fen. Cruel, que engañarme intente
tu lengua en cosa tan clara,
que quando yo la ignorára,
me la dixera la gente?
Hay en París otro cuento
sino tu amor? es la empresa
de servir á la Condesa
mi secreto pensamiento?
Bebes en su calle el viento,
no hay hombre que no te halle
en su rexa, y en su calle;
y en verte se escandalice,
y lo que la calle dice,
quieres tú que yo lo calle?
Estraño pago me has dado;
cómo en esto he conocido,
que eres hombre mal nacido,
mal nacido y bien criado!
En fin, quedarás casado
con Lisarda, bien harás:
qué buena me dexarás!
qué bien que supe escoger,
ya que me quise perder!
Carl. No mas mis ojos, no mas:
no lloreis, que vive Dios,
que no guarde ley al Rey,
porque no puede haber ley,
que me obligue contra vos.
Sabed, mi bien, que los dos,
el Rey, y Cesár os digo,
han concertado conmigo,
que sirva á Lisarda yo.
No con el alma, eso no,
no Fenix, Dios me es testigo,
el fin que llevan, es darte
de aborrecerme ocasion,
no sabiendo la razon,
que á amarme debe obligarte.
No he querido declararte
el secreto, que en efeto
estoy al rigor sujeto
de su mano poderosa,
que de una muger zelosa
no se ha de fiar secreto.
Pero en viéndote llorar,
y llamarme mal nacido,
máteme el Rey, pues ha sido
el que me pudo obligar,
Fenix, á hacerte pesar,
que quando la queja suya,
á deslealtad lo atribuya,
no hay vida, ó perdon que pida,
que mas que vale mi vida,
pesa una lágrima tuya.
Como caerse del cielo
las estrellas, así son
tus lágrimas, no es razon,
Fenix, que las goce el suelo.
Dame en tanto mal consuelo,
recoge, pues, las estrellas,
que lloras mi vida en ellas,
mira que un niño que tienes
harás llorar, si á hacer vienes,
que lloren niñas tan bellas.
Dame esos brazos.
Fen. Desvia.
Carl. A mí me niegas los brazos?
Fen. Sí diera, si fueran lazos.
Carl. Lazos fuéron algun dia;
pues advierte, Fenix mia,
que por fuerza he de abrazarte.
Fen. Sabré mil vidas quitarte.
Carl. No sabrás porque te adoro.
Fen. No me pierdas el decoro,
que he de matarme, ó matarte.

Sale el Conde.

Cond. Qué es esto, Fenix, qué es esto?
En qué los dos estos dias
andais con tantas porfias,
tú airada, y tú descompuesto?
Fen. Yo, señor?
Cond. Y tú tambien,
es buena descompostura?
Carl. A quien servirte procura,
que le traten mal, no es bien.
Y pues que nos has hallado,
señor, en esta pendencia,
quiero, si me das licencia,
decirte lo que ha pasado.
Que por todo pasaré;
pero no por cosas baxas,
que reconozco ventajas
en la sangre, y no en la fe.
Porque en verdad y lealtad
pienso que soy el primero
del mundo.
Cond. Cárlos, ya espero
de tan necia enemistad
saber la causa.
Carl. Es bastante
para irme, ó no vivir,
da mi señora en decir,
que un anillo de un diamante
que le falta, he sido yo
señor quien se le ha tomado,
pensamiento que le ha dado
desde que galan me vió.
Y aun que le digo que el Rey
diez mil escudos en oro
me ha dado, contra el decoro
debido por justa ley
á un hombre que tú has criado,
no es posible que me crea.
Cond. Fenix, de cosa tan fea
puede ser Cárlos culpado?
Fen. Si yo le veo servir
á Lisarda, no es razon
que tenga esta presuncion?
Carl. Esto tengo de sufrir?
Deme vuestra Señoría
licencia, que un hora mas
no he de estar en casa.
Fen. Harás
una grande bizárria.
Vete, pero no lo creo,
que te tiene el alma asida
Lisarda.
Cond. Muy atrevida,
Fenix, con Cárlos te veo,
y yo sé que está inocente,
y que tú engañada estás.
Fen. Con las alas que le dás,
qué cosa habrá que no intente?
Déxale ir: qué ha de hacer
Cárlos aquí ya tan hombre?
Carl. Bien dice, que hasta mi nombre
debe ya de aborrecer.
Dame licencia, y la mano,
guerras hay.
Cond. Cárlos, advierte,
que ya me dais ocasion,
sin la que el tiempo me ofrece,
para que un secreto os diga,
con que os trateis de otra suerte
que hasta aquí os habeis tratado,
pues será tan igualmente
como merece el amor,
que de justicia se debe
á la sangre.
Fen. Estoy temblando.
Carl. Alguna desdicha teme
destas palabras el alma.
Cond. Hoy la lengua se resuelve
á que del silencio antiguo
lazos tan injustos quiebre.
Otro respeto, otro amor
en vuestros pechos comience,
cese el nombre de criado.
Cárlos es tu hermano, Fenix.
Fué prenda en mis verdes años
de una dama, á quien la muerte
llevó de su parto, honrando
el Arco, por quien le pueden
llamar, Fenix, desde entónces,
en vez de mortal celeste.
Hermanos sois, ya lo he dicho
al Rey, porque el Rey le quiere
casar con Lisarda, á efeto
que sepa que la merece.
Que si por ser mi criado,

para ser su esposo pierde,
siendo mi hijo Don Cárlos
la iguala, si no la vence.
Con esto os dexo á los dos,
porque abrazos tan alegres
no me enternezcan el alma,
como las memorias suelen. *vase.*

Carl. Ha llegado al oido
de un hombre desdichado
nueva tan infeliz: Fenix, qué es esto?

Fen. Cárlos, pierdo el sentido,
que el corazon turbado
parece que en los ojos se me ha puesto.

Carl. Quisiera descompuesto
decir y hacer locuras:
yo, Fenix, soy tu hermano?
ah cielo soberano,
qué puedo hacer en tantas desventuras,
puesto que mi inocencia
disculpa tanto error con tu clemencia?
Perderte, esposa mia...
esposa dixe, miento,
es fuerza, pues ya sé que eres mi hermana:
ó padre, qué alegría,
qué gusto, qué contento
pensaste dar á mi esperanza vana!
pues no será tirana
de mi amor, la Condesa,
mi ausencia es ya forzosa
de mi hermana y mi esposa;
aunque parece temeraria empresa;
pues si con ella quedo,
ni dexarla de amar, ni amarla puedo.
De un angel, padre y tio,
qué puedo hacer, ay triste!
ó quien no hubiera sido tán dichoso!
oh extraño desvarío,
que apenas le resiste,
Fenix, el desengaño poderoso;
amanecí tu esposo;
y anochezco tu hermano,
ó fortuna terrible,
pues no será posible
si aquí me quedo resistirme en vano,
fuerza será ausentarme,
que ménos es perderte que casarme.
A Dios, Fenix querida,
á Dios, esposa amada,
á Dios, hermana, por mi triste suerte,
la prenda de mi vida
en tí depositada
te queda por memoria de mí muerte,
que la trates advierte
como de esposo muerto,
como de ausente prenda;
el alma te encomienda
la fe primera del primer concierto,
que yo donde estuviere,
te guardaré lealtad miéntras viviere.

Fen. Si lágrimas, esposo,
iba á decir hermano,
no te espantes, que ha poco que lo eres,
pueden de mi amoroso
pecho, el rigor tirano
mostrar, no es justo que á la lengua esperes,
yo quiero, si tú quieres,
que juntos nos acabe
una muerte dichosa;
poco ha que fuí tu esposa,
que soy tu hermana amor apénas sabe;
pues qué mas dulce suerte, (te?
que con aquesta fé darnos la muer-
Pero si aquella prenda
de los dos adorada
no puede quedar sola, y no te fias
de que tu amor no ofenda,
la fe desengañada
con el trato amoroso que solias
pasar noches y dias
tan cerca de mis brazos,
vete, Cárlos, que es justo
no dar este disgusto (zos;
al cielo que hoy defiende tus abra-

vete, que sola ausencia
hace al amor tratado resistencia.
Que si el Rey porfiase
en darte á la Condesa,
por mas que ser tu hermana y no
tu esposa,
Cárlos, imaginase,
el alma te confiesa,
que muriera zelosa y envidiosa;
mas esta prenda hermosa,
este Cárlos pequeño,
llevale allá contigo,
no ha de quedar conmigo,
siga las desventuras de su dueño,
porque tengas presente
á quien tan presto has de olvidar ausente.

Carl. Desesperado intento!
perdernos, Fenix, quieres
á los dos en un dia?

Fen. Será justo,
que un hombre de tu aliento
se crie entre mugeres?
suceda de una vez todo el disgusto.

Carl. Mira que es caso injusto.

Fen. Sí, Cárlos, mas forzoso,
que nuestro pensamiento,
dirá mi sentimiento,
y quedará mi padre sospechoso,
y es quitarle la vida
si entiende que yo fuí tan atrevida.
Ven esta noche, hermano,
nunca yo lo dixera,
de tu casa á la nuestra con secreto,
y con ese villano
á la puerta me espera,
darete el niño que nació sujeto
á tanto mal.

Carl. Qué efeto
de un amor tan notable?

Fen. Qué desdicha perderte?

Carl. Dexarte yo, qué muerte?

Fen. Qué estado entre los dos tan
miserable?

Carl. Loco estoy.

Fen. Yo perdida.

Carl. Yo voy sin alma, Fenix.

Fen. Yo sin vida.

Vanse, y salen Laura y Silvio.

Laur. Eso es cierto?

Sil. Y es tan cierto,
que no hay otra cosa en casa,
y sin esto, que se casa,
y que hoy se firma el concierto.

Laur. Muerta estoy.

Sil. Pues tú de qué?

Laur. Yo me entiendo.

Sil. Pues qué daño
os viene del desengaño?

Laur. Ese, Silvio, yo le sé.

Sil. Si es su hermano natural
Cárlos de Fenix, no puede
quitarle su hacienda.

Laur. Excede
otro mal, del mayor mal.
Demas de que el casamiento
de la Condesa se hará,
con que Cárlos quedará
rico, próspero y contento.

Sil. A la fé Laura, que ha sido
fuerza decir la verdad,
pues dándole calidad,
fué de Lisarda marido.
Oh qué librea me espera
en las bodas! pesia tal,
no mas aldea y sayal,
vida rústica y grosera.
Corte, sí, Corte es vivir,
bien vestir, mejor comer,
sin pensar en que ha de haber
ni mañana, ni morir.
Aquí la vida es cometa,
resplandecer y pasar,
no mas campos, ni esperar
un astrólogo profeta,
que imprimiendo necedades,
en un pliego de papel,
quiere gobernar por él
las supremas voluntades.
No quiero esperar un Mayo,
ni un planeta antojadizo,
que disparando granizo
sea de mis viñas rayo.

Mas quiero esperar aquí
traicion y murmuracion,
que allá langosta y pulmon
no me picaron á mí.
Porque al que me murmurare
le sabré sus faltas yo,
porque ninguno nació
sin alguna en que repare.
Para qué quiero que el cura
salga á conjurar nublados,
que aquí con ménos cuidados
la enemistad se conjura?

Laur. Ah, Silvio, pues yo me acuerdo
quando la Corte infamabas,
y al que vivia, llamabas
en la aldea, sabio y cuerdo.
El agua dulce te ha hecho
mudar condicion y gusto,
ya París te viene al justo,
ya tienes mas blando el pecho.
Ah, Silvio, que no has probado
aquello del memorial,
del que por quererte mal,
incita al mal informado.
Quando la justicia veas,
que el enemigo te envia
por malicia y cobardia,
qué dirás de las aldeas?
Quando veas que si vienes
con dineros hallarás
amigos, pero no mas
de quanto que darles tienes,
alabarás á París?

Sil. Pues algo no ha de costar?

Laur. Sí, pero es mucho pesar.

Sil. Laura, vosotras decis,
que por tener hermosura
se ha de pasar qualquier cosa,
mira tú por ser hermosa
lo que una muger procura.
Qué martirios no padece
una miserable cara,
hasta que en no serlo para,
y en mocedad envejece.
Una discreta llamaba,
que era el agua su deleite,
testigo falso al afeite,
porque los dientes quitaba.
No tienes que predicarme,
yo soy cortesano ya.

Sale Cárlos.

Carl. Esta aquí Laura?

Laur. Aquí está.

Carl. Laura, solicita darme
la ropa que tienes mia.

Laur. La ropa y el parabien
de que te casas tambien
con aquella señoría.
Muchos años, Conde seas,
y hermano de mi señora,
aunque es parabien que ahora
pienso que no le deseas.

Carl. Laura, que su hermano soy
de Fenix, aunque me admira,
es verdad, pero es mentira
que me caso, pues me voy.

Laur. Qué, te vas?

Carl. Sí, Laura, á España:
ea Silvio, si has de ir
conmigo, para partir
te apresta.

Sil. Violencia extraña!
Quando en toda la Ciudad
se trata tu casamiento,
te vas á España?

Carl. Este intento
nace de otra voluntad.

Sil. Esperaba yo librea.

Carl. Pues de camino será. *vase.*

Laur. Ves como Cárlos se va,
es mas segura la aldea?

Sil. Digo que tienes razon:
á Dios, Laura, bien decis
los que vivis en París,
sus gustos mudanzas son.

Laur. Qué presto me olvidarás?

Sil. De ti no llevo cuidado,
que ya me habrás olvidado
ántes que parta, y aun mas.

Laur. Dios te dé dicha en España
Silvio.

Sil. Bien es menester:
en fin me voy á perder.

Laur. Por qué?

Sil. Porque es tierra extraña.

Laur. Extraña de tu pais,

mas del mundo la mejor.
Sil. Bien me estaba labrador:
á Dios, Laura, á Dios París.

Vanse, y salen Cesar y el Rey de noche.

Ces. Próspero suceso ha sido.
Rey. Resultáron dos efectos,
Cesar, notables entrambos.
Ces. Como de tu claro ingenio.
Rey. Lisarda desengañada
de mi voluntad, ha puesto
los ojos en Cárlos, Fenix
ha mudado el pensamiento.
Ces. Claro está, que si Lisarda
tiene de Cárlos por cierto,
que es hijo del Conde Arnaldo,
tratará su casamiento.
Porque tiene prendas Cárlos,
para poner su deseo,
como con Fenix las tuvo
para abrasarte de zelos.
Rey. Díxome el Conde, que estaban
tan admirados y atentos,
que apénas mostráron gusto
de saber que hermanos fuéron.
Y es que como no sospecha,
lo que de Fenix sospecho,
piensa que esta admiracion
nació del mismo suceso.
Por lo ménos yo he pagado
á Cárlos lo que le debo,
casándole con Lisarda,
y libre de zelos, puedo
seguir la empresa de Fenix,
que es el último remedio.
Esta es su casa del Conde,
como grave amante vengo
donde no puedo de dia.
Ces. Grande es tu amor.
Rey. Es inmenso;
qué hora será? *Ces.* Las once.
Rey. Que le sirva de consuelo
á un amante el ver de noche
las ventanas de su dueño?
Ces. Como asiste el alma en él,
descansa mas asistiendo
mas cerca, señor, del alma.
Rey. Notable desasosiego
en la hermosura de Fenix
padece mi entendimiento.
Yo pienso que si llegase
á saber lo que padezco,
que de otra suerte pusiese
á mis cuidados remedio.
No vivo, Cesar, no vivo,
y te confieso que siento,
que siendo quien soy, me tenga
en un estado tan necio
terrible pasion de amor.
Ces. Oye, señor, que han abierto
la puerta de aquel jardin,
que sale al patio primero.
Rey. Muger parece quien sale.
Ces. No es sin causa.
Rey. A verla llego.

Sale Fenix con el niño de la mano.

Fen. Sola mi fortuna pudo
obligarme á lo que vengo;
pero perdiendo la vida,
qué mayor fortuna temo?
Allí estan Cárlos y Silvio,
Cárlos mio, llega presto,
porque no es posible hablarte,
sabe Dios lo que lo siento.
El Conde me está esperando,
aquí te doy quanto puedo,
este es, Cárlos, nuestro hijo;
bien sabe, Cárlos, el cielo,
que la fe de ser tu esposo
obligó mi atrevimiento.
Soy tu hermana, así lo dice
nuestro padre, así lo creo,
Cárlos, vuestro padre es Cárlos;
dadme los últimos besos,
á Dios, mis ojos, á Dios,
Cárlos, que me voy muriendo.
Niño. A dónde me dexa, madre,
que hace escuro, y tengo miedo?
Fen. Con vuestro padre, hijo mio:
á Dios, Cárlos, que bien veo
que no me puedes hablar.
Entrase Fenix.
Rey. Qué es esto, Cesar, qué es esto?
Ces. Déxame llegar al niño,

no llore. *Rey.* Estraño suceso!
Ces. Venid conmigo, mis ojos.
Niño. Es él mi padre?
Rey. No creo
lo que estoy viendo.
Ces. Señor,
no ha tenido buen efeto
lo que habemos intentado.
Rey. Antes un milagro ha hecho,
que ha sido, Cesar, abrirme
del alma los ojos ciegos.
Pensaba yo que queria
Fenix á Cárlos, haciendo
para que no le quisiese
invenciones que me han muerto;
pues he venido á saber,
no solo que se quisiéron,
mas que segun el testigo,
se casáron de secreto.
O qué ocasion de venganza
me habia ofrecido el cielo,
sino fuera yo quien soy,
y debiera á Cárlos ménos!
Cárlos, Cesar, me ha servido,
ya que he llegado á estar cierto
de que Fenix es tan suya,
ayudar á Cárlos quiero.
Toma ese muchacho en brazos,
y el desengaño llevemos
de mi amor.
Ces. Cárlos, venid.
Niño. No, no, señor caballero,
que Laura me ha de llamar,
y no Cárlos.
Ces. A qué efeto?
Niño. Porque si me llama Cárlos,
me conocerá mi agüelo.

Vanse, y salen Cárlos y Silvio de noche.

Carl. Silvio, en la Corte has estado,
aunque en aldea nacido,
pienso que habrás aprendido
á lo que estás obligado,
sabes sus preceptos bien?
Sil. Ya sé que se han de encerrar
en ver, oir y callar,
Cárlos, y en sufrir tambien.
Carl. El mas importante olvidas.
Sil. Cómo?
Carl. No te has de espantar
de quanto vieres pasar,
porque á lo discreto midas
los sucesos de las cosas
á la multitud que encierra.
Sil. Ya sé yo que nunca yerra
quien sus fábulas hermosas
mira sin admiracion,
porque es querer ignorancia
cifrar en corta distancia,
cosas que tan grandes son.
Si viese en París, señor,
la cosa mas imposible,
la juzgaria posible
á la dicha y al favor.
Aunque villano me coges,
ya ser cortesano emprendo,
las repúblicas entiendo,
que son como los reloxes.
Que el mismo gobierno corre
de las mismas ruedas hecho
para el que se trae al pecho,
que para el que está en la torre.
Solo está la diferencia,
en que cuesta mas cuidado
el grande que el limitado,
mas gobierno, y mas prudencia.
Carl. Segun eso, y que ha lucido
en ese buen natural
la Corte, á ocasion igual,
mi crédito te ha traido.
Laura un muchacho ha criado,
que has visto no sin malicia.
Sil. Zelos me diéron codicia
de averiguar su traslado,
no te espantes.
Carl. Ni era justo,
yo vengo por él, que soy
su padre, y tú desde hoy
su ayo. *Sil.* De serlo gusto,
y de estar desengañado,
que Laura en fin te ha querido.
Carl. De Laura este niño ha sido,
y como tal le ha criado.
Sil. Ah, Laura, qué bien se via,
que el Palacio te agradaba!

qué fingida me engañaba,
y matrimonio queria!

Carl. Pues cómo admirarte quieres?
no es lo que los sabios hacen.

Sil. Dos cosas desde que nacen
saben todas las mugeres.

Carl. Y son?

Sil. Baylar y engañar.

Carl. Silvio, contra los precetos
hablas, los tres mas discretos
son ver, oir, y callar.
Tú no lo dixiste ansí?

Sil. Sí dixe.

Carl. Pues oye y calla.

Salen un Capitan y dos soldados con arcabuces.

Cap. Aquí dicen que han de estár.

Sil. Gente viene.

Carl. Aquí te aparta.

Cap. Qué gente?

Carl. Criados somos
del Conde.

Cap. A estas horas andan
fuera de casa?

Carl. Qué importa,
si es la puerta de su casa?

Cap. Es Cárlos?

Carl. El mismo soy.

Cap. Pues dadme, Cárlos, las armas,
que os manda prender el Rey.

Carl. A mí? *Cap.* A vos.

Carl. Por qué?

Cap. No mandan
los Reyes dar la razon
porque prenden.

Carl. Cosa extraña!
Entra Silvio, y díle al Conde,
que el Capitan de la guarda
por órden del Rey me prende.

Sil. Si has hecho cosa tan mala,
que te cueste vida y honra;
saquemos, Cárlos, la espada,
que es mejor honrosa muerte,
que la vida con infamia.

Carl. Estoy inocente, Silvio.

Sil. Pues yo diré lo que pasa.

Carl. Sola esta espada he traido,
pues me la pedis, tomadla,
que con quien ella le sirve,
no pienso yo que le agravia.

Cap. Esto me ha mandado el Rey;
vamos.

Carl. Sin duda es la causa
haber sabido que Fenix
es mi muger y mi hermana.

Vanse, y salen el Rey, Lisarda y Cesar.

Rey. Mucho me agrada, Condesa,
tu intento, pero no creo
que podrá ya tu deseo
salir con tan justa empresa.

Lis. De haberte dicho me pesa,
que pagando su aficion
he tenido inclinacion
á Cárlos para casarme,
viendo que quieres negarme
cosa tan puesta en razon.
No es Cárlos hijo del Conde
Arnaldo? Luego es mi igual,
porque con ser natural
á su valor corresponde.
De aquí imagino que donde
hubo fuego como en tí,
aun hay reliquias, que aquí,
lo que es justo concedieras,
si envidia del no tuvieras,
y agora zelos de mí.

Rey. Engañada estás, Lisarda;
y pésame que á tu boca,
salga presuncion tan loca.

Lis. Pues qué es lo que te acobarda
para no casarme?

Rey. Aguarda,
que muy presto lo sabrás.

Ces. Señora, engañada estás,
porque si posible fuera,
el Rey á Cárlos te diera,
aunque tú mereces mas.

Salen el Capitan, Soldados y Cárlos.

Cap. Aquí, señor, he traido
de donde mandaste preso
á Cárlos.

Rey. Qué allí le hallaste?
Cap. Si señor.
Lis. Preso, qué es esto?
Carl. Aquí vengo, gran señor,
preso, aunque inocente vengo.
Rey. Inocente? *Carl.* Ya sé yo,
que estan los hombres sujetos
á testimonios, á envidias
de enemigos, y aun de deudos.
Algo te han dicho de mí,
que si me escuchas primero.
Rey. No, Cárlos, no quiero oirte,
yo sé la causa que tengo.
Lis. Quiere decirmela á mí
vuestra Alteza? esto le ruego
por todo el amor pasado.
Rey. Lisarda, es cierto secreto
que he de decir á su padre,
y Cárlos y yo sabemos.
Cap. Dónde manda vuestra Alteza
que lleve á Cárlos? *Cárl.* Hoy llego
de mi vida al postrer punto.
Rey. Esté por agora puesto
en la torre de Palacio.

Salen el Conde, Fenix, Laura y criados.

Fen. Quando esto parezca extremo
de amor, ser padre es disculpa.
Cond. Fenix, temeroso llego.
Supe la prision de Cárlos,
y á vuestra Alteza confieso,
que fué milagro en mis años
no quedarme entónces muerto.
Cárlos preso á tales horas?
Fen. Señor, como hermana puedo
decir, que en toda mi vida
tuve mayor sentimiento.
Rey. Y como Fenix, quien duda
que lo habreis sentido? *Cond.* Creo,
que estais, señor, olvidado
con los cuidados del Reyno,
no del servicio de Cárlos,
sino de nuestro concierto.
Sabeis lo que me dixiste?
Rey. Sí, Conde, todo lo entiendo,
sé que Cárlos me ha servido,
y que la vida le debo,
sé que os dixe que gustaba
para cierto pensamiento,
de que dixesedes, Conde,
que era Cárlos hijo vuestro.
Cond. Señor, aunque no es mi hijo,
que sepais y es justo quiero,
que por hijo de mi hermano,
en tal opinion le tengo.
Mi amor es notable á Cárlos;
pero pues vos le habeis preso,
confesando que la vida
le debeis, yo me resuelvo
á ser su mismo verdugo.
Rey. El delito, yo os confieso,
que tiene alguna disculpa,
pero ya sabeis que debo
hacer justicia, soy Rey.
Cond. Señor, si acaso merezco
por canas y por servicios
á vuestros padres y abuelos
saber lo que es, os suplíco
me lo digais. *Rey.* Antes pienso
haceros, Conde, juez.
Cond. Pues si lo soy, os prometo
que no tenga el padre Alcalde,
pues no lo soy. *Rey.* Oidme atento.
Aquí se quejan que Cárlos
desleal, y de amor ciego,
con la hija de un amigo
se ha casado de secreto.
Y que tiene della un hijo,
que fué testigo tan cierto,
que le he exâminado yo;
pareceos que es bien con esto,
que porque me dió la vida,
y lo sabe todo el Reyno,
dexe yo de hacer justicia?
Cond. Señor, siendo vos mancebo
juzgais delitos de amor
con tanto desabrimiento?
Ese rigor, esa furia
dexadla para los viejos,
que ya con helada sangre
no saben que no lo fuéron.
Quién puede ser ofendido

en el honor, que á desprecio
tenga el dar su hija á Carlos
mi sobrino y vuestro deudo:
que sabeis que yo lo soy?
Rey. Eso sí que es ser juez recto?
mas pareceis abogado.
Cond. Pues, señor, quando yo temo
que ha sido Cárlos traidor,
ó que á algun Príncipe ha muerto,
veo un delito de amor;
qué he de hacer?
Rey. Cesar, traed luego
el testigo.
Ces. Voy por el.
Cond. Qué testigo! que os prometo
que yo en cosas naturales
del primer bozo me acuerdo,
nunca juzgo por las canas.

Sale Cesar con el niño.

Ces. Aquí está el testigo.
Cond. El cielo
le guarde, qué buen testigo!
yo á lo ménos ya estoy tierno,
y casi de verle lloro;
es posible que su abuelo
pide justicia de Cárlos,
mirando un ángel tan bello?
Rey. Perdonaradesle vos,
buen Conde, si fuera vuestro?
Cond. Y pienso echarme á los pies
del ofendido soberbio.
Rey. Mirad lo que decis, Conde,
que es el niño nieto vuestro.
Cond. Pues, señor, lo dicho dicho,
en los brazos me le llevo.
Rey. Cárlos, vos sois Condestable
de Francia, á Lisarda ruego
que trueque á Cárlos por Cesar.
Sil. Pues yo con Laura me quedo,
ya que el niño tiene padre.
Lis. Lo que es tu gusto obedezco.
Carl. Quién podrá alabar, señor,
tu valor y entendimiento?
Fen. Quien supiere quanta dicha
fué siempre servir á buenos,
con que la comedia acaba,
senado, á servicio vuestro.

FIN.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente las Gradas de S. Felipe el Real, y en el Puesto de Sanchez, calle del Príncipe.


JUL 18

